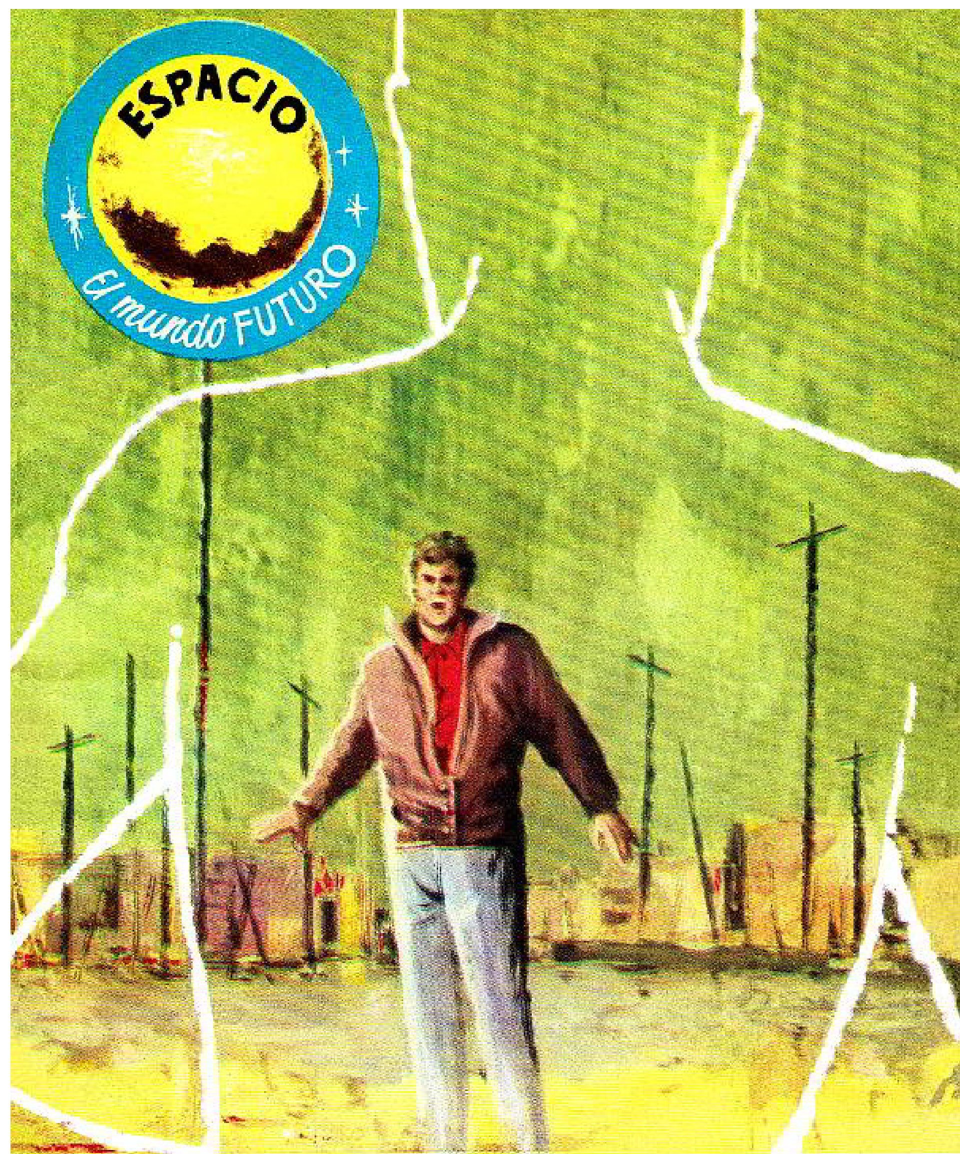


VINIERON DEL MÁS ALLÁ

CLARK CARRADOS

Según cuentan las crónicas, Chubb Drummond fue el primer hombre que fue y volvió de Plutón, el noveno planeta de nuestro sistema solar.

Naturalmente, no partió solo, sino muy bien acompañado por una tripulación escogida entre los mejores astronautas del momento. Pero, no en vano, Plutón ha sido llamado siempre «El Siniestro 9.º». De los diecisiete hombres que componían la expedición, sólo volvieron tres: el citado Drummond, el radio Levailleur y el navegante Álvarez.

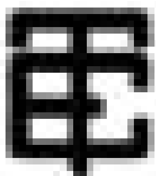
Levailleur y Álvarez regresaron pidiendo a gritos una camisa de fuerza. Y se la pusieron. Nunca pudo saberse claramente por qué se habían vuelto locos.



Clark Carrados

Vinieron del más allá

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 286



ePub r1.0

LDS 03.01.19

Título original: *Vinieron del más allá*
Clark Carrados, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



VINIERON del MÁS ALLÁ



CAPÍTULO PRIMERO


egún cuentan las crónicas, Chubb Drummond fue el primer hombre que fue y volvió de Plutón, el noveno planeta de nuestro sistema solar.

Naturalmente, no partió solo, sino muy bien acompañado por una tripulación escogida entre los mejores astronautas del momento. Pero, no en vano, Plutón ha sido llamado siempre «El Siniestro 9.º». De los diecisiete hombres que componían la expedición, sólo volvieron tres: el citado Drummond, el radio Levailleur y el navegante Álvarez.

Levailleur y Álvarez regresaron pidiendo a gritos una camisa de fuerza. Y se la pusieron. Nunca pudo saberse claramente por qué se habían vuelto locos.

Chupp Drummond se mostró muy evasivo al respecto. Dijo que quizá la influencia de Plutón había sido demasiado fuerte en el caso de aquellos dos desdichados. O que bien podía tratarse de las consecuencias posteriores de una tremenda claustrofobia, agudizada

por el año casi entero que habían tenido que permanecer en la nave, de vuelta al planeta Tierra.

Uno de los miembros de la comisión de encuesta preguntó a Drummond por qué habían sentido aquellos dos desdichados síntomas de claustrofobia hallándose en la superficie de Plutón, «al aire libre» (palabras textuales).

Drummond procuró armarse de paciencia y dijo que en la superficie de Plutón no había más aire libre que el de sus escafandras y que si el honorable miembro no quería sentirse atacado de claustrofobia no tenía más que irse a Plutón y permanecer allí una buena temporadita. (Risas).

El mismo individuo, pertinaz hasta el agotamiento y sin hacer el menor caso de su plancha, preguntó a Drummond que por qué él no había sido atacado de tal enfermedad. Drummond contestó que no lo sabía, pero que quizá debió ser porque él, como segundo de a bordo —el capitán murió a los dos días terrestres de desembarcar en Plutón—, había tenido tanto trabajo, que no le había quedado tiempo para sentirse enfermo.

Otro de los miembros de la citada comisión de encuesta, preguntó al lugarteniente Drummond si los catorce miembros que habían quedado en Plutón habían sido enterrados digna y decorosamente. Drummond contestó con toda cortesía y dijo que, además, habían fabricado cruces de piedra, en las cuales habían grabado los nombres y las fechas de nacimiento y defunción de cada uno de los astronautas muertos. Y que incluso habían puesto flores al pie de cada tumba. (Rumores muy fuertes).

Uno de los miembros preguntó al capitán Drummond si también él estaba loco: Drummond contestó que no. El individuo volvió a preguntar si lo de las flores no había sido un espejismo del espacio. Drummond insistió en que era cierto. El miembro le preguntó si no tenía alguna fotografía que pudiese demostrar lo que manifestaba. Drummond dijo que lo sentía muchísimo, pero que todas las películas se habían velado inexplicablemente, sin que hubiese podido averiguar la causa.

Otro de los congresistas quiso saber si el lugar donde habían sido enterrados los astronautas fallecidos era radiactivo. Drummond dijo que no. El mismo individuo preguntó que cómo lo sabía. Drummond contestó que el contador Geiger había permanecido

obstinadamente mudo en lo que a radiactividad del suelo se refería y que los rayos cósmicos, procedentes del sol o de otras estrellas, llegaban a Plutón muy atenuados.

Otro miembro preguntó a Drummond si era experto en el manejo del contador Geiger. Drummond dijo que no, hasta cierto punto, pero que lo que acababa de decir había sido comprobado exhaustivamente por el profesor Wakarin, el cual, por cierto, había sido el penúltimo en morir.

Después de algunas preguntas más, la comisión de encuesta se reunió. Sus miembros cuchichearon entre sí y al fin, acordaron exonerar al lugarteniente Raphaël (Chubb). Drummond, de toda culpa, y proponerle para el ascenso a capitán de astronave, concediéndole seis meses de vacaciones con paga íntegra y abono de los devengos atrasados, más los pluses de vuelo correspondientes. En cambio fue rechazado el plus de alimentación correspondiente al tiempo que habían permanecido en la superficie de Plutón dado que —así rezaba el informe emitido—, la astronave llevaba comida suficiente y no había sido necesario adquirir víveres de ninguna clase en otra parte.

La comisión tomó también otra decisión, pero ésta fue secreta y no le fue comunicada a Drummond hasta seis meses más tarde.

* * *

El Consejo de Ministros de la Unión Terrestre se reunió días más tarde, en Capitalópolis. Los ministros estudiaron el informe, redactado por la comisión de encuesta, relativo al caso Drummond y acordaron mantener las conclusiones adoptadas, así como el envío de otra expedición al noveno planeta, con el fin de aumentar los conocimientos científicos, en parte, y montar además una estación de observación astronómica y —aunque lo dijeron con otras palabras— también de lo que fuera, «a fin de poder estar prevenidos ante la eventual llegada, en un futuro no sabemos si próximo o remoto, de cualquier expedición de otra raza, de las innumerables que se supone habitan nuestra Galaxia».

—Eso requería la constitución de un Departamento de Asuntos Extraplanetarios —dijo uno de los ministros.

—Muy bien —aprobó otro—. Pues se organiza ese departamento

y ya está.

—Y ¿a quién ponemos al frente de ese departamento?

—A mi sobrina —dijo el presidente del consejo.

La proposición fue aceptada por unanimidad. El presidente era una persona muy apreciada por todos los ministros y, en realidad, el Departamento de Asuntos Extraplanetarios apenas si tenía razón de ser. Pero los ministros debían dar a sus gobernados la sensación de que cumplían con su cargo y ¿qué mejor manera de hacerlo que creando un nuevo departamento burocrático?

El presidente del consejo, por otra parte, sabía lo que se hacía. El Departamento de Asuntos Extraplanetarios iba a ser, en el gobierno de la Tierra, un apéndice de adorno, una cosa perfectamente inútil, una institución creada para facilitar un sueldo a su encargado; en suma, algo tan necesario como una frigorífica en el Polo Norte.

Y si el D. A. E. iba a ser una oficina de adorno, ¿por qué no decorarla lo mejor posible?

De este modo, pues, a los pocos días, apareció en el «Diario Oficial» del gobierno terrestre, la siguiente disposición:

El Consejo de Ministros de la Unión Terrestre, en uso de las facultades que le han sido conferidas por todos los pueblos de la Tierra, y para el mejor gobierno y administración de las personas y bienes de los mismos,.

Ha tenido a bien:

1.ª Crear el Departamento de Asuntos Extraplanetarios, con independencia y relación del Ministerio de Astronáutica.

2° Se nombra jefe del departamento citado a la ciudadana terrestre, señorita Flavia Gardner.

3° El jefe de dicho departamento tendrá categoría de subsecretario para todos los efectos.

Dado en Capitalópolis, a 3 de agosto de 2075.

Por el Presidente del Consejo de Ministros: S. Mbongo-Mbongo, Ministro de Astronáutica.

* * *

Mientras tanto, Chubb Drummond había resuelto dedicar sus vacaciones a la jardinería.

Y en el intervalo de sus vacaciones, un científico descubrió un nuevo propulsor para las astronaves. Resultaba prácticamente inagotable y, además, proporcionaba a las naves espaciales una fuerza de impulsión tremenda, cinco veces superior a la de los combustibles conocidos hasta entonces. Esto significaba, lisa y llanamente, que el tiempo empleado para viajar a cualquier punto del espacio quedaba reducido a la quinta parte, en el caso de Plutón, de un año, casi, a sesenta y pocos días.

La gente se hubiera sorprendido muchísimo al ver la clase de plantas que cultivaba Chubb Drummond durante sus vacaciones dedicadas a la jardinería. Pero más se hubiera sorprendido, sin duda alguna, de ver sus extraños jardines.

Drummond estaba bastante satisfecho de sus resultados. No obstante, por el momento, mantenía guardado el secreto de su descubrimiento. Sabía que si lo divulgaba, los periodistas y reporteros caerían sobre él como una bandada de langosta y, a todo trance, quería conservar el secreto de su descubrimiento.

Y averiguar el misterio de las catorce muertes ocurridas en Plutón y la locura de sus dos compañeros.

Sabía que podía conseguirlo mediante el cultivo de aquellas plantas que daban tan extrañas flores. Porque Chubb Drummond había visto cosas muy extrañas durante su estancia en Plutón. Y aún no se explicaba cómo había conseguido, no ya sobrevivir, sino regresar con el juicio completamente sano.

—Aunque —solía decir con bastante amargura— si me vieran ahora se creerían que me he vuelto loco.

Los seis meses de trabajo dieron resultados muy satisfactorios. El jardín quedó completamente instalado y al finalizar el quinto mes Drummond ya no necesitaba atenderlo con tanta asiduidad. Con

echarle un vistazo una o dos veces por semana tenía más que suficiente.

Pero aunque en el asunto del jardín había conseguido, como se ha dicho, resultados altamente satisfactorios, en el otro —las muertes y las locuras— no había adelantado un paso.

El tiempo transcurrió mientras tanto. Y al finalizar el sexto mes, Drummond recibió la orden de su nuevo destino.

La orden rezaba lo siguiente:

De: MINISTERIO DE ASTRONÁUTICA.

A: CAPITÁN RAFHAËL DRUMMOND
Asunto: NUEVO DESTINO.
Vía: TELÉGRAFO ORDINARIO.

1.ª De acuerdo con la presente orden, el capitán de astronave que se cita en la misma queda adscrito directamente al
D. A. E.
(Departamento de Asuntos Extraplanetarios).

2.ª El capitán Drummond se presentará al director del
D. A. E.,
de quien, en lo sucesivo, recibirá todas las órdenes concernientes a su nuevo destino. Y.

3.ª El capitán Drummond tomará posesión de su nuevo cargo el día segundo del mes de febrero próximo.

La orden estaba firmada por el subsecretario de Astronáutica y, además de con la fecha, firma y sellos correspondientes, terminaba con la frase consabida de «por exigirlo así el interés del planeta Tierra».

Cuando Drummond hubo leído la orden se tiró de los pelos, no sólo metafóricamente, sino también en el sentido literal de la frase. Había confiado en formar parte de la próxima expedición a Plutón, la que ya estaba a punto de zarpar o poco menos y, de repente, se veía embarcado en lo que más le enojaba de este mundo: en un puesto burocrático.

Por unos momentos estuvo tentado de enviarlo todo al diablo. Poseía aquella granja, situada a cincuenta millas de Capitalópolis, con cuyos productos podía vivir holgadamente sin necesidad de su sueldo, pero algo le dijo que, por el momento, podía aceptar el cargo. Más adelante, si no le convenía, siempre tendría tiempo de rechazarlo y dedicarse a la floricultura plutoniana y a la cría de aves de corral.

De este modo pues, el capitán Drummond, el día 2 de febrero de 2089, se presentó en el recién creado
D. A. E.
preguntando por el director del mismo.

El
D. A. E.
estaba instalado en el piso 19 del Ministerio de Astronáutica. En el gran vestíbulo del mismo había una centralita de información, que atendía a todos los extraños al centro. El encargado de la centralita le indicó cómo podía llegar al
D. A. E.,
cosa que Drummond agradeció con una sonrisa, pues aunque no era un extraño en aquel lugar, el
D. A. E.
sí que resultaba algo nuevo para él.

Se dirigió al ascensor y subió al piso 19. Salió al corredor y empezó a buscar por las numerosas puertas del mismo hasta encontrar lo que buscaba.

Había un cartel sobre una puerta situada al fondo. El cartel decía lo siguiente:

DEPARTAMENTO DE ASUNTOS

EXTRAPLANETARIOS

Director: F. Gardiner

Y más abajo:

Entre sin llamar

Drummond abrió la puerta y cruzó el umbral.

Lo primero que vio fue un vestíbulo como había muchos en

aquel edificio: un diván de cuero, dos sillones, una mesita con revistas atrasadas, algunos cuadros y ¡oh, lujo!, un pequeño aparato de radio para entretener la espera del visitante.

La siguiente habitación era un despachito, sin duda para una especie de secretario. Una mesa, una silla, un sillón, un archivador, un visófono interior y otro exterior y dos cuadros representando, uno el descubrimiento de América y otro el primer desembarco terrestre en la Luna.

También había una chica.

La chica estaba hurgando en uno de los cajones superiores del archivador. Se hallaba medio vuelta de espaldas a Drummond y éste pudo ver que era alta, muy esbelta, de espléndidas formas y que vestía, muy sencillamente, un traje muy parecido a una túnica sin mangas, de color gris brillante y zapatos negros de alto tacón. El pelo, muy corto, era rubio dorado y casi parecía un casco metálico sobre una cabeza cuyo rostro se adivinaba muy hermoso. Y resultó serlo, desde luego.

Drummond tosió discretamente para llamar la atención de la muchacha. Ésta volvió la cabeza rápidamente y sonrió.

—Oh, dispénseme, no me había dado cuenta de su presencia. ¿Qué desea, señor?

—Busco al director del
D. A. E.
Soy el capitán Drummond, destinado a este departamento.

La muchacha tenía los ojos azules y la sonrisa franca y abierta. Extendió la mano hacia el recién llegado.

—Mucho gusto, capitán. Yo soy el director del departamento. Flavia Gardiner, para servirle en lo que desee.

La mandíbula de Drummond quedó colgando repentinamente.

—¡Espacio! ¡Usted… director del departamento! —dijo, atónito.

—Así es, capitán —respondió ella—. ¿Por qué le extraña? Creo que el ministro de Maternidad es una mujer, ¿no?

Drummond procuró recuperarse de la sorpresa recibida.

—Bien mirado —sonrió—, no veo por qué no ha de poder desempeñar usted el cargo, señorita Gardiner. Y ahora permítame que le enseñe mis órdenes…

Ella agitó la mano.

—Oh, ya las conozco —dijo—. Sabía que me enviaban un

ayudante. —Se echó a reír y continuó—: Mi tío es una excelente persona. Me dio este empleo para que no me aburriese… ¡y en mi vida he tejido más punto que en los seis meses que llevo en esta oficina!

Drummond empezó a ver un panorama muy negro a base de un asiento continuo detrás de una mesa, haciendo pajaritas de papel y lanzando al aire círculos de humo hechos con el de su cigarrillo. No obstante, procuró disimular la impresión y sonrió con un lado de la boca.

—Bueno —dijo—, en todo caso tendrá que enseñarme a manejar las agujas.

Flavia rió argentinamente. Metió mano en el cajón del archivador y sacó una taza humeante.

—Ya ve —dijo, pasándosela—, ni siquiera guardo un papel aquí. Para lo único que sirven estos cajones es para guardar los trastos de hacer el café. Ah, me olvidaba, capitán Drummond; ésta será su oficina. La mía está al otro lado. —Tomó un sorbo de café—. El horario… bueno, el que más le acomode, con tal que se deje ver siquiera un par de horas al día. Pero si alguna vez le surge un compromiso inesperado, no se preocupe, ¿estamos?

Drummond asintió. La vida prometía ser muy muy «distraída» en aquella maldita oficina.

Un mes después partió la segunda expedición a Plutón, compuesta por tres astronaves, totalmente equipadas para cualquier circunstancia que pudiera surgir en el espacio, por extraña que fuera.

El corazón de Chubb Drummond sangró.

CAPÍTULO II


l pueblo de los
In-Form
celebraba asamblea general.

Dos de sus miembros habían regresado al pueblo, después de un largo y peligroso viaje por el espacio exterior.

—Los exploradores pueden presentar su informe —dijo
I-F
1.

Los exploradores atendían por los nombres de
I-F
7 e
I-F
88. No se pusieron en pie, ni carraspearon, ni gritaron, ni gesticularon, ni, en fin, hicieron ninguna de esas cosas que acostumbran a hacer los oradores cuando se dirigen al público.

Tampoco se oyó su voz, porque el vacío carente de atmósfera no

transmite los sonidos. Y los dos exploradores, además, hablaron a la vez simultáneamente, como si fueran un solo ser.

Todavía tenían otra particularidad. Podían dirigirse individualmente, al hablar, a un solo habitante del pueblo de los In-Form o a todos a la vez. En este caso lo hicieron todos a la vez.

—Nuestra misión —dijeron a dúo— ha sido, creemos, coronada por el éxito. Aquel planeta tiene luz y calor suficientes para que podamos vivir y reproducirnos cuantiosamente en poco tiempo. La estancia en el mundo, llamado Tierra por sus moradores, nos ha indicado, en lo poco que hemos podido ver, el alto grado de civilización que hemos alcanzado.

»Pero sin sus astronaves no podemos movernos de aquí. Es obvio, pues, que las empleemos cuando regresen a la Tierra. Opinamos, además, que en un par de viajes podemos trasladarnos todo el pueblo de los In-Form. Y cuando estemos allí, en un lugar y en un ambiente totalmente favorables, nuestro número crecerá hasta superar al de las estrellas del firmamento. Hemos dicho.

I-F 1 era el jefe del pueblo de los In-Form. Y el número de los In-Form se había ido reduciendo con el transcurso de los siglos de tal manera, que en el momento actual los In-Form que habían logrado sobrevivir apenas si alcanzaban a dos centenares.

I-F 1 habló:

—La decisión está tomada. Cuando esas naves vuelvan a la Tierra nosotros iremos con ellos. La mitad se quedará aquí, para otro viaje posterior. He dicho.

Un «murmullo» de excitación recorrió las escuálidas filas de los In-Form. ¿Quiénes serían los afortunados del primer viaje?

La decisión no tardó mucho en saberse.

—Irán todos los comprendidos entre los números 2 y el 53, ambos inclusive. El resto esperará una segunda expedición, pero nadie tomará posesión de su cuerpo hasta el último instante. Estad preparados, hermanos; el gran momento está a punto de llegar.

* * *

—A Dos.

—Agua. C Siete.

—Tocado un crucero. G Cinco.

—Agua. J Nueve.

—Hundido un submarino. Fin de la batalla. Has ganado, Chubb.

—¿Jugamos otra partida, Flavia?

—¡Oh, no, basta ya de jugar a los barcos! Prepara una taza de café, anda.

—De acuerdo:

Chubb Drummond cortó la comunicación y se puso en pie, acercándose al archivador donde guardaban los útiles para preparar el café. Flavia salió de la oficina contigua, ahogando un gesto de hastío.

—La verdad (y no te ofendas por ella, Chubb), jamás me había aburrido tanto como en estos últimos tiempos.

—Lo mismo me pasa a mí, Flavia. ¿Quieres un cigarrillo?

—Bueno, dame.

Fumaron mientras se calentaba el agua. Drummond permanecía callado.

—Sé en qué estás pensando, Chubb.

—¡Hum! —dijo él entre dientes.

—Sí. Piensas en que te gustaría hallarte en el puente de mando de una nave, dirigiendo una expedición a Plutón.

—Has acertado —contestó él con acento meditabundo.

—La burocracia te hastía.

—¿Burocracia? Ojalá hubiera algo que hacer, Flavia. —Movió la mano, haciendo un ademán circular—. Llevo aquí ya cerca de seis meses y en todo ese tiempo los únicos documentos que han entrado han sido los del aviso de nuestras pagas. ¿Por qué crearían el
D. A. E.

me pregunto yo?

—Para dármelo a mí —respondió ella sin vacilar.

El café empezó a hervir.

—Eso significa que estás muy bien «agarrada» —comentó Drummond.

—Sí. Mi tío es el presidente del Consejo de Ministros.

—¡Vaya! Ésta es la primera noticia que tengo en seis meses de estar a tu lado. No lo sabía.

—Tampoco yo lo mencioné. En realidad, es algo que no me gusta mencionar.

—Entonces, te dieron el empleo por él.

—Sí. Hacía tiempo ya que le venía pidiendo una colocación. Mi tío posee un acusado sentido del humor y creó el

D. A. E.

Me lo largó a mí y… —Flavia rió— luego, alguien más humorista todavía, debió estimar que necesitaba un ayudante.

Drummond se sintió abochornado.

—Ese ayudante, obvio es decirlo, debía ser un inútil lugarteniente que permitió la muerte de catorce hombres y la locura de dos más.

—¡Chubb! ¡No digas eso, por favor!

Drummond empezó a servir el café.

—Es inútil que tratemos de desviar los hechos. La realidad es ésa.

Flavia le miró por encima del borde de su taza de café.

—Cuéntame, Chubb. ¿Qué pasó en realidad?

La expresión de Drummond se tomó evocadora de repente.

—No lo sé. A ciencia cierta, no se sabe todavía. Pero lo positivo es que en Plutón está el primer cementerio del espacio. Catorce hombres, catorce tumbas a centenares de grados bajo cero, catorce astronautas víctimas de una extraña enfermedad…

Los cuatro supervivientes se contemplaron con aprensión, después de haber rellenado la sepultura decimotercera.

El lugar era sombrío, siniestro, deprimente. A seis mil doscientos millones de kilómetros, el Sol se divisaba como una estrella algo mayor que las demás, ligeramente superior a Venus, visto desde la Tierra en óptimas condiciones.

La astronave alzaba hacia el cielo su brillante cono puntiagudo a

doscientos cincuenta metros de distancia, en el centro de un valle formado por escarpadas montañas de afilados picos, cuyas laderas estaban cubiertas por hielo, que tenía una edad de miles de millones de años.

En Plutón había siempre un poco de luz, una especie de iluminación cenital, en parte procedente de las estrellas y en parte del Sol. Era un eterno crepúsculo, un ocaso ya lindante con la noche que permitía, no obstante, ver las cosas con cierto detalle a una distancia mínima de alrededor de doscientos metros. Más allá, sólo se divisaba la negrura de las montañas, recortándose contra el cielo ligerísimamente más claro, o el fulgor de los gases helados.

—Bueno —dijo de repente el radio Levailleur—, ya estamos listos. Sólo quedamos cuatro, de diecisiete. ¿Qué es lo que piensas hacer ahora, Chubb?

Drummond reflexionó.

—Nos quedan todavía dos semanas antes de alcanzar el punto mínimo de su perigeo, es decir, cuando estemos a unos cuatro mil trescientos cincuenta millones de kilómetros de la Tierra. Entonces zarparemos.

—¿Y por qué no antes? —preguntó el tercer oficial, McCrain.

Drummond le miró largamente.

—Parece mentira que digas eso, Mac. Nos queda el combustible justo para llegar a la estación de reavituallamiento de Marte. Hemos comprobado los cálculos una y otra vez en la computadora. No podemos partir un día antes ni un día después o nos exponemos a convertimos en un pecio en el firmamento.

McCrain extendió la mano, señalando la hilera de tumbas.

—¿Y no es mejor correr el riesgo que quedarnos sin combustible, que quedarnos aquí para siempre? Trece hombres han muerto ya. ¿Quién será el decimocuarto?

El tercer oficial soltó una nerviosa carcajada.

—Lo que más gracia me hace es que el último superviviente no tendrá quien le cave la tumba.

—¡Basta! —dijo Drummond enérgicamente—. Reprime tus nervios, Mac. Vuelve a la astronave y toma un sedante. Duerme doce horas y mañana, cuando estés mejor, volveremos a hablar.

McCrain cerró los puños. Fue a decir algo, pero lo pensó mejor y acabó dando media vuelta y marchándose sin pronunciar una sola

palabra.

Levailleur, el radio, esperó a que McCrain hubiese entrado en la nave. Entonces, por señas, indicó a Drummond y a Álvarez que cambiasen la frecuencia de sus radios portátiles.

—¿Qué es lo que quieres, Lev? —preguntó Drummond.

—Oye, Mac está muy mal. —Levailleur meneó la cabeza—. Está a punto de volverse loco. ¿No temes que ponga en marcha el mecanismo y salga arreando con la nave?

Drummond movió la cabeza. Su traje espacial estaba provisto de bolsillos. Metió la mano en uno de ellos y extrajo un objeto brillante, que hizo saltar un par de veces sobre la palma.

—Ésta es la llave de la conexión general —dijo. La guardó de nuevo en el bolsillo—. Si se me perdiera íbamos a vernos en un serio aprieto.

—De todas formas —dijo Álvarez, el navegante—, convendrá que alguien esté siempre cerca de Mac. La pérdida de la llave sería un grave contratiempo, pero no irreparable. Y no tengo ganas de que, aprovechando nuestras ausencias, empiece a desmontar las planchas de protección de los cuadros y realice alguna conexión indebida.

—Yo voy contigo —dijo Levailleur.

Los dos hombres se alejaron hacia la nave. Drummond quedó allí solo, entregado a sus reflexiones, que no tenían nada de agradables.

Contempló de nuevo la hilera de tumbas. ¡Trece muertos!

Capitán Duff, geólogos Priller y Van Karen, químico Rhausen, segundo navegante Marchesi… y así ocho nombres más, de todos los puntos de la Tierra.

Y todos muertos. Sin defensa ni explicación posible.

De repente, el hombre que era atacado por aquella extraña enfermedad se ponía tieso como un poste, rígido como un bloque de hielo. Podía —y esto era lo más horrible de todo— pensar, hablar y contestar a las preguntas que se le hacían.

Pero sus respuestas eran siempre muy forzadas, emitidas al cabo de un largo minuto y después de un tremendo esfuerzo. Y nunca, por otra parte, contestaba por completo a la pregunta formulada.

Esta situación duraba unas veinticuatro horas, al cabo de las cuales desaparecía la tensión y la rigidez. Entonces el paciente

entraba en coma y moría, sin recobrar el conocimiento, después de veinticuatro horas.

La enfermedad había atacado a todos sin discriminación de edad ni condiciones fisiológicas. Se suponía que éstas debían ser, en el caso de unos astronautas que debían atravesar por circunstancias penosísimas, óptimas.

Pero no había sido así. El doctor Bergman, muerto en sexto lugar, había realizado una serie de exámenes médicos de todos los componentes de la expedición, después de la muerte número tres, temiendo que se tratase de alguna extraña epidemia, causada por alguna bacteria o algún virus propios de Plutón y desconocidos, por tanto, en la Tierra.

Los exámenes habían revelado una serie de cosas raras: un par de aspirantes a diabéticos, un apendicítico crónico —al que no hubo tiempo de operar porque murió antes de que el doctor desinfectara sus escalpelos—, un miope, un asmático…

—Una colección de inválidos —gruñó Bergman después de realizados los exámenes. Claro es que tales deficiencias eran mínimas; en realidad, salvo el caso del apendicítico, eran más bien predicciones de las enfermedades que debían padecer más adelante que verdaderas dolencias.

Y aquella enfermedad atacó a todos: al asmático y al diabético, al miope y al que padecía apendicitis. No se salvó nadie… excepto los cuatro que quedaban en aquellos momentos.

McCrain, Levailleur, Álvarez… y él.

Cuatro, de diecisiete.

Y no podían zarpar antes porque, de lo contrario, se quedarían sin combustible en el espacio.

Era todo un problema. ¿Cómo resolverlo?

Drummond no podía. Era su obligación permanecer en Plutón hasta el día de la partida.

Sacudió la cabeza, Debía despreocuparse de aquel problema que no tenía más que una sola solución… que no podía ser adoptada sino hasta dos semanas después.

Por el momento, tenía otro problema más acuciante. Y ¡tan extraño!

No se había atrevido a comunicarlo a nadie. ¿O quizás era que quería reservárselo para sí mismo?

Miró a derecha e izquierda aprensivamente, como un «malo» de película. Luego, convencido de que nadie espiaba sus movimientos, echó a andar a lo largo del valle.

Caminó rápidamente durante un kilómetro, aproximadamente. Al cabo de ese tiempo, se metió por un angosto cañadón, que casi parecía un túnel. Tan obscuro era el interior de aquella grieta, que tuvo que encender el reflector que llevaba sobre el casco, a modo de cimera.

Cien metros más allá, se detuvo y se arrodilló en el suelo. Una vez más, contempló el prodigio increíble de unas flores que nacían y vivían en el espacio sin aire, a una temperatura muy próxima a la del vacío que envolvía el planeta.

Las flores no eran muy grandes, apenas si medirían cinco centímetros las mayores. Eran curiosamente azules, con unas delicadas estrías amarillas y anaranjadas en sus pétalos, y con una corona de pistilos blancos y rojos, todo lo cual componía un conjunto de belleza singular, única.

Había allí un trocito de tierra, de unos veinte metros cuadrados, cubierto completamente de aquellas flores, las cuales poseían una singular cualidad. Cuando la luz las hería de lleno, crecían rápidamente, a simple vista, hasta alcanzar unas dimensiones tres veces superiores a lo normal. Al mismo tiempo, desprendían unas minúsculas burbujitas de gas, que ascendían rápidamente durante un metro, aproximadamente, desapareciendo en pocos segundos.

El fenómeno cesaba en el acto, apenas la luz dejaba de herirlas directamente. Las flores perdían tamaño y cesaba la emisión de burbujas. Pero seguían viviendo, y esto era lo que volvía loco a Drummond.

Porque, lo extraño ya no era que aquellas raras flores se proporcionasen el sustento por medio de las raíces hundidas en la tierra plutoniana, ni que —así lo suponía él—, se fabricasen el anhídrido carbónico que les era preciso para su «respiración», expeliendo, por tanto, el oxígeno resultante de los procesos bioquímicos de una alucinante fotosíntesis, desarrollada en el vacío, en un espacio sin luz ni calor; no, no era ya esto lo que extrañaba a Drummond, sino que conservasen su frescura y flexibilidad, como si en lugar de criarse a miles de millones de kilómetros del Sol, se estuviesen criando en un invernadero terrestre.

Drummond tenía una afición: la jardinería. Era su *hobby*, su pasatiempo preferido, cuando no estaba en el espacio. Por eso, pues, se sentía doblemente atraído por aquellas extrañas flores.

Y no es de extrañar, pues, que cuando emprendió el viaje de regreso a la Tierra, se llevase unas cuantas flores, así como semillas y muestras de suelo plutoniano, para realizar experimentos en los jardines de su granja.

El viaje de regreso, muerto McCrain, resultó una pesadilla. Apenas hubieron zarpado, Levailleur y Álvarez enloquecieron, en el más amplio y literal sentido de la palabra.

Fue una suerte para Drummond que el acceso de locura no fuese simultáneo, sino sucesivo. Primero fue Álvarez el que perdió el juicio y entre él y el radio hubieron de sujetarlo, después de una feroz lucha que les dejó extenuados.

Después enloqueció Levailleur. Esta vez Drummond no se anduvo con chiquitas. En cuanto advirtió los primeros síntomas, le dio con una llave inglesa en la cabeza.

Después, los dos individuos se calmaron. Entraron en una fase de estupidez y atonía, que convirtió el viaje de vuelta en un infierno para Drummond. Solo, sin nadie con quien hablar, a lo largo de un año de viaje en una astronave, creyó enloquecer mil veces.

La escala técnica en Marte fue un alivio. Y, por fin, llegó a la Tierra. Emitió su informe, asistió a las sesiones de la comisión de encuesta y… acabó jugando a hundir barcos en el

D. A. E.

con su director, la hermosa Flavia Gardiner.

CAPÍTULO III



lores en Plutón! —exclamó Flavia, enormemente asombrada.

—Así es —contestó Chubb. Sacó cigarrillos y le ofreció uno.

—¿Y dices que has conseguido criarlas en la Tierra?

—Exactamente. En mi granja, para ser más concretos.

—Deben ser maravillosas. ¡Oh, cómo me gustaría verlas! —dijo ella.

Chubb consultó su reloj.

—Es ya un poco tarde. Hasta el sábado…

—¡Al diablo el sábado! Pero, si nunca entra aquí un documento. ¿Quién crees que nos va a echar de menos en la oficina, Chubb?

Drummond sonrió.

—Nadie, desde luego.

Ella le apuntó con la brasa del cigarrillo.

—Mañana, a las ocho, estarás esperándome en la puerta de mi casa con un helicóptero, ¿estamos?

—Pero yo no dispongo de…

—El Departamento, sí. Tiene concedido uno, aunque nunca lo he necesitado. Esta vez sí voy a necesitarlo. Lo pediré y haré que te lo entreguen. ¿Dónde dices que es tú tu granja, Chubb?

—A cincuenta millas al Noroeste de Capitalópolis.

—¿Y dices que las flores se han reproducido?

—¡Ya lo creo!

—Entonces, las que han recibido la luz del sol, deben ofrecer un aspecto magnífico.

—No es sólo el aspecto, sino… Pero ya lo verás mañana. ¿Dices que a las ocho?

—Ni un minuto después —respondió Flavia—. Y te advierto que soy terriblemente puntual.

—Cosa que me agrada infinito —dijo Drummond, efectuando una profunda reverencia.

* * *

Al día siguiente, a la hora señalada, Drummond descendió del cielo en su helicóptero, frente a la puerta de la casa donde residía Flavia.

La joven fue puntual, tanto, que Drummond no tuvo siquiera que cortar los gases. Unos segundos después, el helicóptero ganaba altura y, al alcanzar una cota conveniente, Drummond lo lanzó a cien millas a la hora.

Treinta minutos después, avistaban la granja. Ésta se hallaba en lo alto de una vasta meseta, situada en la parte más elevada de una mesa de seis o siete kilómetros de larga por la mitad de ancha. Las paredes de la mesa eran muy escarpadas y caían a pico, desde unos doscientos metros de altura, sobre el terreno circundante.

Una cascada de agua brotaba de uno de los lados de la mesa, desplomándose con incesante fragor y formando un pequeño río, que luego corría zigzagueante por la llanura.

—Por supuesto —dijo Drummond, mientras evolucionaba para aterrizar—, hay una carretera de acceso por el lado Sur, pero no la utilizo, excepto para el transporte de los productos de la granja. Yo también suelo utilizar el helicóptero.

—¿Dónde lo tienes? Dijiste que no disponías…

—Ferrant, el encargado, se lo llevó, después de dejarme en Capitalópolis.

—No sabía que tuvieses un encargado —dijo ella.

—Claro. La granja no marcha sola, ¿verdad? Y un día he de retirarme y vivir con lo que ella me produzca.

Aterrizaron en la explanada que había frente a una casa de aspecto colonial. Una pareja, hombre y mujer, seguidos por cuatro o cinco chiquillos, corrieron a recibirlos.

Drummond echó atrás la cúpula del helicóptero. Saltó al suelo y ayudó a la muchacha a hacer lo propio.

Luego, le presentó al encargado y a su esposa, una bonita joven de pelo negro y grandes ojos obscuros.

—Flavia, éste es Dick Ferrant, mi encargado. Su esposa, Ana, y sus hijos. Dick, Ana, os presento a la señorita Gardiner, mi jefe.

—Encantado, señorita Gardiner —dijo Ferrant.

Ana saludó efusivamente a la muchacha. Flavia se sintió atraída instantáneamente hacia la esposa del encargado.

—Venga conmigo —dijo—, sin duda querrá asearse.

—Sí, gracias —respondió Flavia.

Drummond se quedó hablando con Ferrant y enterándose de la marcha de la granja en los últimos tiempos. Las mujeres volvieron poco después.

Los chiquillos correteaban a sus anchas. Flavia estaba encantada de hallarse en aquel lugar tan maravilloso.

—Me gustaría que fuese mío —dijo sinceramente—. ¿Cómo lo conseguiste, Chubb?

—Lo heredé de mis padres y éstos de los suyos y así sucesivamente. Creo que el primer Drummond compró la mesa a sus dueños, cuando esta comarca pertenecía todavía al rey de España. Y desde entonces, ningún Drummond se ha deshecho de la posesión, por más apuros que haya pasado. Mi bisabuelo encontró el agua, la hizo brotar y convirtió esto en un paraíso.

—Hoy valdría millones. Te pagarían por la propiedad lo que pidieras, Chubb.

—Pero yo no la vendería jamás. Ha sido, es y será de los Drummond, mientras la Tierra exista. Aquí nacieron mis antepasados, aquí nací yo y —miró intencionadamente a la joven— aquí nacerán mis hijos.

Flavia se sonrojó. Se volvió hacia Ana.

—¿Y tus chicos? —preguntó—. ¿Viven aquí continuamente?

—Oh, sí —contestó la aludida—. El único problema que podríamos tener, mejor dicho, los dos problemas, la educación y el médico, están resueltos por la televisión. Asisten a las clases delante del televisor y cuando alguno enferma, enfoco una cámara hacia él y el médico me aconseja lo que debo hacer. Naturalmente, si la cosa fuese grave, el doctor vendría aquí o llevaríamos al paciente al hospital. Pero —Ana extendió el brazo—, éste es un lugar sanísimo y apenas se meten en cama una vez al año.

—Desde luego —concordó la muchacha. Y, ensoñadoramente, agregó—: También a mí me gustaría vivir aquí.

Ana rió maliciosamente.

—¿Quién sabe? No sé puede predecir el futuro, pero… yo no pondría la mano en el fuego porque no acabases viniendo a vivir aquí. Y no sola, claro está.

Flavia se sonrojó intensamente.

—Bien —dijo, después de un ligero carraspeo—, ¿me enseñas el invernadero?

—Claro. Ven, acompáñame.

Ana se quedó con los chicos. Ferrant fue con ellos.

Dieron la vuelta a la casa. Allí, orientados hacia el oeste, se divisaban un grupo de domos o cúpulas transparentes, de varios metros de anchura y tres o cuatro de alto, en cuyo interior se veían unas extrañas flores, tal como las había descrito el joven en su relato, pero de un tamaño muy superior al normal. La más pequeña tenía un diámetro de medio metro y sus pétalos poseían un colorido de tonos realmente maravillosos.

Flavia se quedó subyugada instantáneamente por el espectáculo. La admiración que la poseía era tal, que durante unos momentos, se sintió incapaz de articular palabra.

—Y éstas son las flores que crecen en Plutón —dijo al cabo.

—No. Son las flores que crecen en la Tierra. Proceden de las semillas que me traje de allí —rectificó el joven.

—¿Por qué las tienes bajo cúpulas?

—Entra y lo verás —respondió él.

Tomó el brazo de la muchacha y abrió la puerta, de cierre hermético, de la primera cúpula. Una vez dentro, cerró.

En los primeros momentos, Flavia no advirtió nada. Luego, casi de repente, su pituitaria captó un aroma agradabilísimo, que no se parecía absolutamente en nada a ninguno de los perfumes que conocía.

Quiso hablar, pero se notó embargada por una sensación que no había notado jamás hasta aquellos instantes. Era como si una dulce paz la invadiese, una especie de calma infinita, maravillosa, que le proporcionaba una etérea ingravidez, una fluidez de pensamientos que la hacía sentirse espíritu por completo, despojada totalmente de la envoltura carnal.

Al mismo tiempo, todo cuanto la rodeaba, excepto las flores, desapareció de su vista. Flavia se sintió sumergida en un espacio infinito, lleno de una armonía singular, flotando en un océano de notas musicales de maravillosas tonalidades sonoras.

Pero aquella música poseía una singular cualidad: sus notas se reflejaban en suaves espasmos cromáticos, de una hermosura y un colorido jamás visto hasta aquellos momentos. Era música y luz a la vez, y todo ello en un lugar donde no existía nada más que ellos dos… y las flores.

Durante unos minutos, Flavia permaneció bajo la cúpula, subyugada por aquellas emociones jamás sentidas anteriormente. Luego, una mano tiró de ella y la arrastró al exterior.

El aire fresco invadió sus pulmones. Se pasó la mano por la frente y miró en torno suyo con ojos extraviados.

—Estás en la Tierra —sonrió Drummond.

Flavia se estremeció.

—Durante unos momentos, creí estar en el cielo… o muy cerca del cielo. —Se recuperaba rápidamente—. Dime, Chubb, ese efecto tan extraordinario, ese singular nirvana, ¿es producido por las flores?

—Sí.

—¿El olor?

—No he tenido tiempo de hacer grandes estudios sobre la materia, aunque me imagino que debe de ser algún gas peculiar que despiden esas flores, en combinación con el oxígeno desprendido en el proceso de fotosíntesis. Pero esto tendría que ser objeto de una comprobación mucho más profunda que la que yo he podido hacer hasta ahora… y por un buen bioquímico, que ya debes recordar que

yo sólo soy un simple capitán de astronave.

—Es cierto —murmuró ella—. Y yo conozco a uno muy bueno. Se llama Varzi y estoy segura de que le encantaría trabajar en este asunto, dejando de lado todos los demás.

—Espera un poco —dijo él—. Todavía lo considero prematuro. Antes de dar un paso semejante, quiero dejar que pase algún tiempo. Estas flores son las procedentes de la primera siembra. Aunque tú no lo creas, todavía no han dado semillas y desearía antes observar cómo se comportan las flores nacidas en la Tierra, procedentes de simientes obtenidas ya en este planeta.

—Comprendo —dijo Flavia.

De repente, reparó en una serie de cúpulas negras que había a veinte metros más allá y le preguntó qué eran.

—Allí tengo otra sección de flores, las cuales se desarrollan en un ambiente idéntico al de Plutón, es decir, en una oscuridad casi total, sin oxígeno y con una temperatura inferior a los doscientos grados negativos. Para entrar en esa cúpula es preciso colocarse una escafandra análoga a la que usamos en el espacio.

—¿Podría verlas? —preguntó Flavia.

—Naturalmente. Vamos a la casa; allí dispongo de algunos trajes de vacío. Supongo que sabrás desenvolverte con un atuendo semejante.

Ella sonrió encantadoramente.

—Estuve un año de operadora de radio en una estación del espacio.

Treinta minutos después entraban en una cúpula negra. Ésta disponía de una esclusa de aire, idéntica a las de las astronaves, con el fin de no alterar las condiciones del interior, al ponerlo directamente en contacto con el ambiente externo.

Chubb llevó una linterna, con la cual iluminó el ámbito. Con sus propios ojos, Flavia pudo ver el rapidísimo crecimiento de las flores al recibir los rayos de luz y su disminución de tamaño, no menos veloz, en cuanto Chubb apartaba a un lado el haz de rayos de la linterna.

—Si esto se divulgase, los botánicos se te echarían encima como una bandada de langostas hambrientas —dijo Flavia a través de la radio.

—Por eso he guardado el secreto hasta ahora.

Ella le miró intencionadamente.

—¿Sólo por eso, Chubb? —inquirió.

—Verás —contestó el joven—. Al cabo de mucho tiempo y de devanarme los sesos, he llegado a una conclusión. Estas plantas se fabrican ellas mismas el anhídrido carbónico necesario para su respiración. Es un proceso de combustión; los animales respiramos oxígeno y devolvemos anhídrido carbónico. Dicho proceso se realiza de modo natural en el interior de los seres vivos, ya sean animales o plantas, claro está que con características opuestas, según el caso.

»Ahora bien, ¿qué sucedería sí se consiguiese sintetizar la substancia que permite, a estas flores vivir en el vacío? ¿Te imaginas una tableta que, ingerida, absorbiese el anhídrido carbónico de tu respiración y expeliese el oxígeno necesario para continuar dicho ciclo?

Flavia le contempló maravillada.

—¡Sobrarían los depósitos de aire en los trajes espaciales! —dijo.

—Aún hay más —expresó Drummond—. Hace ya algunos años, el doctor Pascali descubrió una substancia que endurece los tejidos orgánicos animales sin detrimento de su flexibilidad. Una de las peores muertes que existen es la del astronauta que sufre un desgarrón en su traje espacial. La descompresión es casi instantánea; los vasos sanguíneos estallan, los ojos saltan fuera de las órbitas, los pulmones… bien, ¿a qué seguir, si tú lo sabes tan bien como yo?

—¡Cielos! —exclamó Flavia—. Entonces… la droga del doctor Pascali… unida a la substancia de estas flores…

La muchacha se sentía incapaz de hablar.

—Eso es. Exactamente lo que piensas, querida. Sobrarían los trajes de vacío y se podría vivir en las peores condiciones en cualquier planeta o satélite sin atmósfera. Uno de los enemigos más encarnizados del hombre es el vacío espacial. Si esto llegase a buen fin, en pocos años, se fundarían numerosas ciudades en la Luna, en Marte, en cualquiera de los planetas del sistema solar o, al menos, en los que tienen gravedad similar o inferior a la Tierra. Los grandes satélites de Júpiter podrían ser también habitados…

—La raza humana alcanzaría una formidable expansión, Chubb —dijo ella.

—Desde luego. Por eso quiero esperar, para ver qué sucede con

la segunda generación de flores plutonianas Por lo que he podido ver, dentro de un mes, aproximadamente, estas flores se marchitarán. Entonces habrán madurado las semillas y un mes después, ya habrán alcanzado las nuevas flores un tamaño semejante a éstas.

—O mayor quizá —sugirió Flavia.

—O mayor —asintió el joven.

Callaron durante unos momentos. La perspectiva era maravillosa… pero Flavia descubrió, de pronto, un punto flaco en sus rosados sueños.

CAPÍTULO IV



l sobre contenía un documento singular. En él se participaba al honorable director del D. A. E.
que la expedición a Plutón había regresado ya, con todos sus miembros completamente locos, a excepción de tres, uno por astronave. El total de tripulantes locos ascendía exactamente a cincuenta y no se habían producido bajas en los seis largos meses que había durado la expedición.

Flavia leyó el documento y luego se lo pasó al joven. Esperó a que éste, a su vez, lo hubiera leído para conocer su opinión.

—Les ha sucedido igual que a Levailleur y a Álvarez —dijo Drummond simplemente.

—Pero antes fueron dos. Ahora se trata nada menos que de cincuenta hombres, Chubb. Date cuenta de ello.

Chubb se abanicó unos instantes con el documento. Luego dijo:

—¿Por qué no te enteras del hospital en que están internados?

Me gustaría ver a alguno de los tripulantes.

—Muy bien —asintió la muchacha; y, dirigiéndose al visófono, marcó un número. Habló brevemente durante unos momentos y, luego, cortó la comunicación—. Están en el Hospital General, Sección de Psiquiatría.

—Vamos allá —dijo él resueltamente.

Mientras descendían en el ascensor, Flavia comentó:

—¿Sabes, Chubb?, esas flores tienen un perfume, más que penetrante, adherente. A pesar de que me he bañado esta mañana, aún huelo ligeramente a aquel perfume.

Drummond olfateó ligeramente el aire.

—Es cierto —afirmó al cabo de unos momentos. Y sonrió—: Los fabricantes de esencias te pagarían la fórmula a peso de oro.

Ella sonrió también.

—Es una frase hecha, Chubb, pero, una flor ¡pesa tan poco!

Rieron los dos. El ascensor llegó a la planta del edificio. Un automóvil oficial los condujo rápidamente al Hospital General.

Flavia enseñó sus credenciales al médico de guardia, en la Sección de Psiquiatría. Luego pidió informes acerca de los dementes.

—En realidad, apenas si se puede decir que lo sean. Pero, claro está, su comportamiento es tan raro, que éste es el único Departamento en el que han podido ser clasificados. De todas formas, creo que lo mejor es que ustedes vean a uno o dos en persona. Síganme, por favor.

Drummond y Flavia echaron a andar, precedidos por el médico, el cual les condujo, por medio de un ascensor, hasta el último piso de aquella parte del edificio. Al detenerse el aparato, salieron a un gran corredor, flanqueado de puertas a derecha e izquierda en toda su longitud.

Había varios enfermeros en el corredor, en espera de alguna posible necesidad de atención por parte de los pacientes. El médico llamó a uno de ellos y le ordenó abrir la puerta más próxima.

En cada puerta había un cartelito indicando el nombre y lugar que ocupaba cada paciente en la astronave. La elegida pertenecía a la estancia donde se hallaba el astrónomo Gallander, perteneciente a la «Normandie».

El enfermero abrió la puerta. Precediéndolos, el médico hizo

entrar en la estancia a Drummond y a Flavia.

Había un hombre sentado en una silla, en el fondo de la pieza. Era un individuo de unos cuarenta años de edad, fuerte, y con aspecto inteligente, pero que en aquellos momentos aparecía sumido en una atonía singular.

Sus ojos estaban abiertos de par en par y miraban hacia el infinito. También tenía abierta la boca, en una mueca de insuperable estupidez y las manos apoyadas sobre las rodillas. El único movimiento que hacía era el de la respiración. Por lo demás, permanecía absolutamente inmóvil.

—¿Han hablado ustedes con él? —preguntó Drummond.

—Sí. Pero todo ha sido inútil. No contesta a ninguna de las preguntas que se le formulan.

—¿Y los otros?

—Lo mismo. Visto éste, vistos los demás —respondió el galeno sin vacilar.

Drummond se pellizcó el labio inferior.

—¿Cómo resuelven ustedes el problema de la alimentación?

—Sencillamente, tratándoles como si fueran chiquillos. En los primeros momentos, se les suministró glucosa y otros sueros por vía endovenosa. Luego, se nos ocurrió hacer una prueba y, desde luego, si se les pone una cuchara o un tenedor en la boca, comen. Pero no lo pedirán por su propio impulso.

El médico se interrumpió. Gallander acababa de mover la mano derecha.

El movimiento no tenía nada de particular: rascarse la nariz simplemente. Pero era tan significativo que los tres se quedaron atónitos al observarlo.

Gallander se estremeció ligeramente. Luego pestañeó.

Finalmente, con una fuerte sacudida, se puso en pie. Se pasó la mano por la cara y acto seguido, lanzó una pregunta clásica:

—¿Dónde estoy?

* * *

—Ha sido asombroso —comentaba Flavia al día siguiente, en su oficina—. El astrónomo Gallander recobró el conocimiento en poco rato. Los médicos están hechos un lío y no saben a qué atribuir un

fenómeno tan extraño, ya que los restantes continúan igual.

Drummond no contestó. Tendido de lado sobre un sillón, lanzaba azules espirales de humo al aire.

—Vamos, di algo, Chubb —se impacientó ella—. ¿Qué opinas tú de eso?

—Nada.

—¡Bueno! —exclamó la joven, muy decepcionada—. Yo creía que ibas a darme la solución de lo que sucedió ayer.

—Lo siento, querida, pero por el momento, no se me ocurre nada en absoluto… excepto que, en mi opinión, debiéramos ir a ver a tu amigo el doctor Varzi.

—¿Para qué?

Drummond quitó las piernas del brazo del sillón y se puso en pie.

—Convendría que empezase a realizar algunos experimentos con las flores de Plutón, ¿no crees?

—Pero, Chubb, tú mismo dijiste que esperabas a que hubiese florecido la segunda generación, la nacida de semillas obtenidas ya en la Tierra —objetó la muchacha.

—Tengo flores de sobra —dijo él. Se puso en pie y la agarró por un brazo—. Anda, vamos a ver a ese doctor Varzi.

* * *

El pueblo de los
In-Form
celebraba nuevamente asamblea general.
I-F
1 habló.

—Hermanos, ya estamos en el planeta que tiene luz y calor. Despleguémonos por todas partes, extendámonos en todas direcciones. Somos cincuenta, en una semana podemos doblar nuestro número y en la semana siguiente, doblar esta segunda cifra. Extendámonos y reproduzcámonos por toda la redondez de este planeta. Hay miles de millones de cuerpos esperándonos, a nosotros y a nuestros descendientes. Lancémonos a la conquista de esos cuerpos.

Los

In-Form
aclamaron en silencio las palabras de su jefe y guía.

Éste prosiguió:

—Todos los días, al ponerse el sol, nos comunicaremos, estemos donde estemos. Que nadie falte a la cita, que todos estén atentos a la hora de la comunicación diurna, para recibir órdenes e instrucciones si las hubiere, así como para participar sus conocimientos y novedades que hubiesen podido surgir en el transcurso del día. Pero, sobre todo, tened en cuenta una cosa.

»Tenemos un enemigo en este planeta. Guardaos de él, porque nos sería difícil derrotarle. Huidle siempre, no os enfrentéis a él. Y si alguno de vosotros, por casualidad, le sintiera en sus proximidades, que lo comunique inmediatamente. E inmediatamente, también, que abandone en el acto el cuerpo en que se encuentre.

»Esto es todo cuanto tenía que deciros. Y ahora, pueblo de los
In-Form,
partid a la conquista de este mundo.

Los
In-Form
se dispersaron.

Y empezaron la conquista de la Tierra.

* * *

La señora Harris-Wesley era famosa por su caridad, su filantropía y su exquisita educación. Emparentada directamente con alguna de las familias de más alcurnia del continente europeo, se decía de ella que uno de sus antepasados descendía nada menos que de la reina Victoria de Inglaterra.

Sus tés benéficos eran famosos. Poseía una lujosa casa en Long Island, donde atesoraba obras de arte de todas clases. En aquellos tiempos en que era más fácil poseer un brillante de diez quilates que un criado, la señora Harris-Wesley disponía nada menos que de cuatro: mayordomo, chófer y jardinero, aparte de ama de llaves.

Su fortuna era incalculable. Y su vanidad, pese a que ella la disimulase, también.

Una cosa la caracterizaba sobre todo: la exquisita corrección de

sus modales. Nadie se portaba cómo ella en sociedad; se decía de ella que era la última reina, pese a que todavía quedaban algunas testas coronadas en la vieja Europa.

Aquella tarde, la ilustre señora Harris-Wesley daba uno de sus famosos tés benéficos. Había recibido en persona a sus numerosos invitados y les había acomodado en las mesas señaladas al efecto. Después del té, actuaría la famosa soprano Nina Mariotti y el célebre bajo Feodor Toursky. En voz baja se susurraba que los «cachets» que percibirían ambos artistas, por un par de canciones cada uno, eran tan elevados, que ni el mismo Metropolitan podía pagarlos.

Naturalmente, la señora Harris-Wesley había sentado a la mesa a lo más representativo de la sociedad: el Ministro de Maternidad, señora Balakron; el ilustre pintor Greys, la señora Turrian, otra millonaria como ella, esposa del Ministro de Transportes; y, en fin, el propio presidente del Consejo de Ministros del gobierno mundial.

La conversación se desarrollaba plácidamente, en un tono cortés; se hablaba y se comentaba acerca de todo lo divino y lo humano. Los dichos de la señora Harris-Wesley rezumaban ingenio y sus contertulios reían cortésmente sus frases.

De pronto, la señora Harris-Wesley sufrió un fuerte estremecimiento.

La señora Turrian se inclinó solícita hacia ella.

—¿Te ocurre algo, querida?

—Oh, no, en absoluto —contestó la anfitriona—, nada que no se cure con una buena taza de té.

Y tomó la suya, bebiéndola de golpe. Inmediatamente soltó un sonoro eructo.

Las cuatro personas que la acompañaban se quedaron heladas. Aquélla era una falta de urbanidad imperdonable en una mujer como la señora Harris-Wesley.

La señera Turrian quiso tapar el desliz, que había trascendido ya fuera de la mesa, debido a que la anfitriona no se había puesto un silenciador en la garganta, y empezó a hablar del buen tiempo. Pero no tuvo tiempo de decir dos frases más.

La señora Harris-Wesley eructó de nuevo. Luego, sonrió ampliamente, y, pasándose la mano por el estómago, dijo:

—¡Qué ancha se queda una!, ¿eh?

El presidente, la Ministro, la señora Turrian y el pintor Greys no sabían qué decir ni qué hacer. Además, de las mesas contiguas les miraban ya con aire de terrible desconcierto.

La señora Harris-Wesley siguió sonriendo.

Formuló una pregunta, dirigida al Presidente.

—Excelencia, ¿conoció usted a su padre?

—¡Mary! —exclamó la señora Turrian, aterrada.

El presidente se puso en pie.

—Creo que tengo que hacer —dijo glacialmente. Hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

La señora Balakron se puso también en pie.

—Yo…

—Oiga, señor Ministro —dijo la anfitriona, riendo escandalosamente—, ¿cuánto le pagan a usted por recomendar el nuevo producto alimenticio en los hospitales de Maternidad?

Las carcajadas de la señora Harris-Wesley atronaron el ambiente. Decenas de pares de ojos se clavaron en ella.

La anfitriona era una mujer de cincuenta y tantos años, ya tendente a la obesidad y carente de la agilidad de su juventud. No obstante, y ayudándose con una silla, trepó a la mesa y se puso a bailar un zapateado, levantándose las faldas hasta bastante más arriba de las rodillas, a la vez que entonaba una canción muy en boga entre los astronautas y cuya letra no se podía trasladar al papel impreso.

La señora Harris-Wesley terminó aquel día en el manicomio.

Era lo menos que se podía hacer con ella.

* * *

El señor Johannsen era primer piloto de una nave de pasajeros que hacía el cabotaje entre los puertos de Filadelfia y Nueva York.

En aquella época, las embarcaciones acuáticas de pasajeros hubieran periclitado ya, de no ser porque todavía quedaba gente a la que gustaba una excursión por mar, bordeando la costa y disfrutando del sol y del aire marinos. El señor Johannsen llevaba ya veinticuatro años al servicio de la compañía de navegación «Mortimer & Sudden, Steamship Co.» y estaba calificado como uno de los mejores

oficiales de la misma.

Aquella calificación, sin embargo, era completamente errónea, porque en su último viaje, el señor Johannsen, al entrar en la bahía de Nueva York, se empeñó en embarcar a la señorita Libertad. Y tan obstinado estaba en su empeño, que lanzó el barco contra la isla Bedloe, que es donde está emplazada la conocida estatua.

La proa de la nave quedó convertida en un acordeón. No hubo víctimas, aunque sí muchos contusos. En realidad, la única víctima fue el señor Johannsen, quien, al atardecer de aquel mismo día y sólidamente sujeto por una buena camisa de fuerza, acabó en el manicomio.

Se produjeron numerosísimos casos como los citados en el espacio de unas pocas semanas.

Las personas se volvían locas sin el menor motivo aparente. Hombres que habían ganado una fama de sensatez y buen juicio a lo largo de su vida, la perdían en un instante, cometiendo actos y realizando gestos que en ellos resultaban increíbles.

Lo grave fue, en algunos casos, que los ataques de demencia ocurrieron en lugares que bien pudieran llamarse estratégicos.

Por ejemplo, el encargado de una planta atómica empezó a decir, de pronto, que el uranio no necesitaba refrigeración y abrió los grifos de purga.

Las barras de grafito moderador empezaron a calentarse peligrosamente y sólo gracias a la intervención de algunos vigilantes, que cerraron los grifos y llenaron el reactor de agua nuevamente, se impidió que el uranio alcanzase su punto crítico, con lo cual quedó soslayado el peligro de una explosión nuclear que hubiese devastado una extensa área, con la pérdida de vidas y bienes consiguiente.

El maquinista de un tren de carga se sintió, de pronto, astronauta. Empezó a gritar que quería llegar con su tren a la Luna y lo lanzó a toda velocidad, a más de doscientas millas a la hora. En la próxima curva, el tren voló, desde luego, pero fue para caer en un profundo barranco, donde se incendió totalmente. Afortunadamente, no llevaba más pasajeros que los correspondientes empleados ferroviarios, pero aun así, se perdieron una docena de vidas, la del maquinista incluida.

Los casos de locura empezaron a multiplicarse. En un mes, se

registraron más de cuatrocientos en la parte de la región estadounidense comprendida entre el Misisipi y el Atlántico.

Al mes siguiente, los casos conocidos eran más de seis mil.

Y nadie sabía explicarse las causas de aquella extraña epidemia.

Los periodistas empezaron a reclamar acción.

Y entonces fue cuando el Presidente del Consejo de Ministros convocó una reunión extraordinaria para tratar del asunto, ya que se habían presentado algunos casos de demencia en el Canadá, costa del Pacífico y norte de Méjico.

Desde que la señora Harris-Wesley enloqueciera, habían transcurrido ya diez semanas.

CAPÍTULO V

rummond detuvo el helicóptero en la explanada que había frente a su granja. Ferrant y su esposa acudieron a recibir a la pareja.

Después de los primeros saludos, el joven preguntó por el doctor Varzi.

—Está en su laboratorio —contestó Ferrant.

—Muy bien. Vamos allá.

Ana preguntó a Flavia si quería asearse. Flavia denegó con la cabeza.

—Más tarde —dijo.

Los cuatro se dirigieron al laboratorio, instalado en una de las alas del edificio. La puerta estaba cerrada.

Drummond golpeó la madera con los nudillos. No tardó en abrirse la puerta.

El rostro de Varzi se iluminó al verlos.

—Hola, amigos, pasen por favor.

Drummond y sus tres acompañantes entraron en el laboratorio, el cual había sido montado con todo lujo de instrumentos científicos en un tiempo brevísimo. El aroma peculiar de las flores de Plutón invadía la estancia.

En uno de los rincones se veían varios cajones con tierra, de la cual asomaban algunas plantitas. Varzi explicó que aquellas plantas procedían de una serie de semillas irradiadas con rayos gamma, a fin de proporcionarles una mayor velocidad de crecimiento y floración.

Luego, les condujo hasta una larga mesa, sobre la cual había una impresionante colección de tubos de vidrio de todas las formas y calibres, pero unidos todos ellos, formando en total un solo tubo, que empezaba en un frasco sometido a la acción de una lamparilla de alcohol y terminaba en un grifo del que goteaba lentamente una substancia verde, muy transparente y de consistencia siruposa, sobre un frasquito también de vidrio.

El frasco estaba lleno en una quinta parte, aproximadamente. La boca del grifo y la del frasco estaban cerradas herméticamente, de modo que el aire no entrase en los mismos.

Varzi parecía muy satisfecho.

—Creo que he dado un paso gigantesco hacia adelante. Este líquido verde que se ve en el frasco es la substancia que permite a estas plantas producir el anhídrido carbónico que necesitan para subsistir en el vacío…

Varzi se enzarzó en una profunda explicación científica. En resumen, vino a decir que la planta plutoniana era una especie de fábrica de gases vitales que, debido a una serie de procesos, todavía difícilmente explicables, podía vivir no sólo en un lugar completamente desprovisto de aire, sino en las peores condiciones de temperatura.

Drummond y Flavia escucharon atentamente las explicaciones del científico. Al acabar éste, preguntó:

—Bien —dijo—, ahora ya tiene la substancia. ¿Cómo piensa administrarla?

—Mi problema ahora consiste en buscar un elemento inerte que pueda mezclarse con el extracto, sin detrimento de sus cualidades. De este modo, podría lanzarse al mercado en forma sólida: tabletas, píldoras o como se quiera, siempre mucho más cómodo de

transportar y, por supuesto, de administrar, que en forma líquida.

—Pero todavía le falta lo más esencial, doctor Varzi —dijo el joven.

—¿Sí?

—Probarlo en el vacío… después de haber tomado una dosis de «pascaline».

—Bien, eso podría hacerse aunque todavía no estuviese esta substancia en forma líquida. Pero, claro, falta también calcular las dosis necesarias y, además, no sabemos el tiempo que pueden durar los efectos de dichas dosis.

—¿Cuándo cree usted que tendrá algo listo al respecto?

Varzi hizo un rápido cálculo.

—Dentro de cuatro semanas, aproximadamente —respondió.

Drummond torció el gesto.

—Cuatro semanas —repitió.

—Y no es seguro —añadió el científico—. Aunque sí creo que estará todo listo para esa época, no puedo, sin embargo, formular una garantía exacta.

—Bien —dijo Chubb—, de todas formas, vamos a disponer que se monte en la granja una cámara de vacío a baja temperatura. Haremos que venga también el profesor Pascali; conviene que él esté presente cuando se realicen los experimentos.

La proposición fue aceptada por unanimidad.

Drummond y Flavia se quedaron a comer en la granja. Pero al terminar, emprendieron inmediatamente el camino de regreso a Capitalópolis.

Tenían mucho que hacer.

La Humanidad corría un gravísimo peligro.

El peligro de enloquecer.

De convertirse en una masa de autómatas durante algún tiempo y, luego, en un inmenso montón de cadáveres.

* * *

A las doce semanas del caso de la señora Harris-Wesley, se conocían alrededor de cien mil casos más de locura.

Ya no era solamente en el ámbito de la región estadounidense donde se producían los ataques de demencia, sino que la cosa había

trascendido más allá del Canadá, por el norte, y de Méjico, por el sur.

Se prohibió todo tráfico entre los océanos, a fin de aislar a los continentes de aquel extraño virus. Pero en la décimo tercera semana, se recibieron noticias de que en Europa se habían producido ya algunos casos de demencia.

Al mismo tiempo, en el Japón resultaron algunos nativos afectados por aquella extraña enfermedad. Se decretó una rigurosa cuarentena, pero todo fue inútil. El virus de la demencia había alcanzado ya las costas coreanas.

Al finalizar la decimocuarta semana había registrados alrededor de cuatrocientos mil casos. Y todavía se sospechaba de algunos millares más que no se conocían, pero que no por ello dejaban de existir.

El Consejo de Ministros se reunió una y otra vez, tratando de atajar lo que ya era un problema que se salía del ámbito local de una nación federada, para pasar a constituir un problema mundial.

Los científicos de mayor reputación y solvencia se encargaron de buscar los remedios para aquella extraña enfermedad. Todo fue inútil.

Al finalizar la decimoquinta semana, los informes, procedentes de todos los rincones del mundo, señalaban alrededor de novecientos mil casos de locura.

Los síntomas eran todos idénticos. De pronto, el paciente empezaba a proferir tonterías y palabras sin sentido. Realizaba algunos gestos y ademanes completamente incongruentes y, luego, caía en un abatimiento muy cercano al coma, en cuyo estado no reaccionaba, a pesar de todos los estimulantes conocidos y que se le podían administrar.

Los hospitales empezaron a abarrotarse. Y, por si fuera poco, en algunos sitios, al ser atacados también los enfermeros, quedaron sin atención los pacientes, por lo que hubo de recurrirse a tropas del ejército.

Al finalizar la decimosexta semana, aproximadamente tres meses después del catastrófico té de la señora Harris-Wesley los informes médicos, debidamente computados, señalaban la cifra de un millón seiscientos mil casos de locura, debidamente comprobados y registrados. Los cálculos añadían, además, que todavía quedaban de

tres a cuatrocientas mil personas que no habían sido registradas como atacadas por el temible virus. En total, los expertos calculaban de un millón novecientos mil a dos millones los atacados por la demencia.

* * *

—Y, al ritmo que seguimos —dijo el Ministro de Salubridad, en la siguiente y tormentosa sesión del consejo de ministros—, en la próxima semana serán cuatro millones los atacados, ocho en la siguiente y así…

—Hasta que todos nos hayamos vuelto locos, ¿no es cierto?

La pregunta procedía del Ministro de Transportes.

—Debo decir a mi respetado colega que así es —respondió el Ministro de Salubridad.

—Y no hay medio de evitarlo —expresó el de Comunicaciones.

—Nuestros mejores científicos están realizando esfuerzos sobrehumanos para encontrar un antídoto contra esa enfermedad, sin que hasta ahora, esos esfuerzos, se hayan visto coronados por el éxito.

Intervino el Presidente.

—¿Sobreviven todos los atacados?

—Por regla general, sí, excepto, claro está, los que ya padecían alguna grave enfermedad con anterioridad a su locura. Naturalmente, en este caso, las defensas se debilitan y lo que para un hombre normal no es sino un leve contratiempo, para el que padece de otra cosa, su estado tiende a agravarse. No obstante, la salud mundial, hasta el descubrimiento de esta epidemia, era muy buena y no hay que abrigar temores por la vida de los afectados por la locura. Hablo siempre, por supuesto, en términos generales. Además…

El Ministro de Sanidad se interrumpió.

—Siga —le urgió el presidente.

—Tengo noticias de tres personas que fueron atacadas por esta enfermedad, que están vivas y que se recobraron por completo.

Las manifestaciones del Ministro de Salubridad causaron sensación.

—¿Es cierto eso?

—¿Está seguro de lo que dice?

—¿Quiénes son esas tres personas?

—Tres astronautas. Levailleur, radio; Álvarez, navegante y Gallander, astrónomo. Los tres estuvieron en Plutón. Los dos primeros, pertenecieron a la expedición que dejó allí catorce muertos y que regresó con el capitán Drummond.

—¡Drummond! —exclamó el presidente, frotándose la mandíbula vigorosamente—. ¿Dónde he oído yo ese nombre?

—Está destinado como ayudante de su sobrina en el
D. A. E.
—dijo el Ministro de Astronáutica al oído del presidente.

—Ah, sí, es cierto. Le haremos llamar; sería muy interesante someterle a interrogatorio.

El Ministro de Alimentación levantó la mano.

—Excelencia, con los debidos respetos, creo que resultaría más interesante interrogar a los que enloquecieron y luego sanaron. Ellos quizá puedan facilitarnos algunos datos sobre la enfermedad que padecieron. Sin perjuicio, naturalmente, de interrogar también al capitán Drummond.

El presidente miró al Ministro de Salubridad.

—¿Cuál es su opinión?

—Excelencia, ya he pensado en ello —respondió el aludido—. Pero no he podido hallar el menor rastro de esas personas.

—Nuestro Ministro de Seguridad podría encargarse de ello, ¿no es cierto? —sugirió el Presidente.

—Desde luego, Excelencia —contestó el mencionado—. Ahora mismo pondré en movimiento a todos los agentes que sean precisos para encontrar a esos tres astronautas.

Los astronautas citados se hallaban en aquellos momentos a cincuenta millas de Capitalópolis, en la granja de Chubb Drummond.

Drummond, Flavia, Varzi y Pascali se habían reunido en un salón junto con Levailleur, Álvarez y Gallander. Los siete, más Ferrant —Ana estaba muy ocupada con sus cinco chiquillos—, estaban reunidos en torno a una amplia mesa, frente a sendas tazas de café, y a una gran cafetera situada en el centro de la misma.

También Drummond había tenido la misma idea que el Ministro de Salubridad. Pero más vivo que éste y sus compañeros, había

«raptado» a los tres astronautas y se los había llevado a la granja, sin darles ninguna explicación por el momento.

Después del café, Drummond había dicho que la hora de las explicaciones había llegado. Se sentía terriblemente intrigado por las causas de la locura que había atacado a sus compañeros en el espacio y que mantenía a los cuarenta y nueve restantes astronautas sumidos en un estado de continuo sopor.

—Veamos, Lev —se dirigió el joven a su antiguo radio—, dinos todo lo que recuerdes de tu época de locura. Sin omitir detalle, ¿estamos?

—Bien —Levailleur titubeó ligeramente—, lo cierto es que no recuerdo nada… excepto que me dormí en Plutón y desperté en la Tierra.

—Un momento, un momento —dijo Drummond—. Te dormiste en Plutón. Vamos a dejarlo, porque me diste mucha guerra hasta que conseguí dominarte del todo. Recuerda que Álvarez enloqueció antes que tú y nos costó muchísimo reducirlo. En esos momentos, ni tú ni Álvarez estabais sumidos en la inconsciencia. Más o menos, teníais ambos una idea de lo que os sucedía, ¿no es así?

Álvarez asintió.

—La verdad es que no recuerdo gran cosa. —Se acarició la barbilla—. No obstante, me acuerdo que, de repente, sentí mucho frío; algo así como si la sangre se me hubiese convertido en agua helada. Después…

—Después —continuó Levailleur—, me pareció que el cerebro estaba envuelto en una especie de algodón muy blando, semitransparente. Ese algodón estaba también delante de los ojos y me difuminaba los contornos de los objetos y cosas que tenía delante de mí.

—Y yo —dijo Gallander— sentía una voz extraña en mí interior.

—¿Qué decía esa voz? —preguntó Pascali rápidamente.

Gallander se puso la mano sobre la frente.

—Las preguntas eran de una voz sola, como si se tratase de un solo ser. Pero las respuestas eran múltiples. Y todas idénticas.

—Algo así —sugirió Varzi—, como los coros del teatro griego. El actor suelta un párrafo y el coro contesta con otro, pero son treinta o cuarenta voces diciendo lo mismo a la vez.

—Exactamente —concordó Gallander.

Drummond volvió la vista hacia sus dos compañeros.

—Y vosotros, ¿oísteis también las voces?

Levailleur y Álvarez movieron la cabeza simultáneamente.

—No. En mi caso, era una voz sola la que respondía y otra la que preguntaba.

—Esto resulta obvio, puesto que íbamos los tres en la nave —dijo Drummond—. Pero en la «Normandie», por ejemplo, viajaban dieciocho personas, de las cuales sólo una estaba cuerda: el piloto, precisamente. Y luego, en el hospital, todos los componentes del segundo viaje a Plutón estaban en la misma ala del edificio de Psiquiatría, separados únicamente por unos muros de ladrillo, simples y corrientes como hay muchos. Sin embargo, volvamos a las voces. Gallander —preguntó el joven—: ¿qué decían esas voces?

Gallander se concentró.

—No lo sé exactamente —dijo—. Lo único que recuerdo es que entendía todo lo que decían. Eso sí. Pero, luego, se me ha borrado de la memoria.

Intervino Flavia.

—Y después del frío, ¿qué otra sensación percibieron?

—A mí me pareció —respondió Álvarez—, como si tuviera dos almas.

—¡Bueno! —resopló Pascali.

Gallander extendió la mano.

—La frase no es correcta quizá, pero sí la que más se aproxima a la realidad. Yo también percibí una sensación semejante.

—Era como si un ser incorpóreo, pero real, se hubiese adueñado de mi voluntad —dijo Levailleur—. Yo quería hacer una cosa, pero aquel ser se oponía y me obligaba a hacer otra.

—¿Por ejemplo? —Varzi adelantó el busto, muy interesado en las manifestaciones del radio.

Levailleur titubeó.

—Bien, pues… figúrese usted que tiene sed y que busca un vaso y un grifo. Luego, supóngase que tiene ese bicho dentro del cuerpo y se encuentra de repente con que no le gusta el agua o no tiene sed en aquellos momentos.

»El ser se opone a que usted beba, pero usted tiene sed. Ya está entablada la lucha. Y quien dice sed, dice ganas de fumar un cigarrillo o de hablar con alguien o, simplemente, de desempeñar el

trabajo habitual. En fin, las cosas que uno hace a diario y en cualquier momento.

—¿Y después? —inquirió Flavia.

—Bien… luego, empecé a darme cuenta de que el bicho me vencía.

—Lo mismo me pasó a mí —convino Álvarez. Gallander hizo manifestaciones análogas.

—Y después —siguió este último—, cuando advertí que no podía resistirle, me dejé llevar por él. Me sentía enervado, laxo, exhausto, ansioso de acabar la lucha cuanto antes. A poco me dormí y…

—¿Será posible —preguntó Pascali—, que existan en el espacio seres incorpóreos con inteligencia?

—Bueno —dijo Flavia—, a lo mejor, son solamente transparentes, que no es lo mismo que incorpóreos.

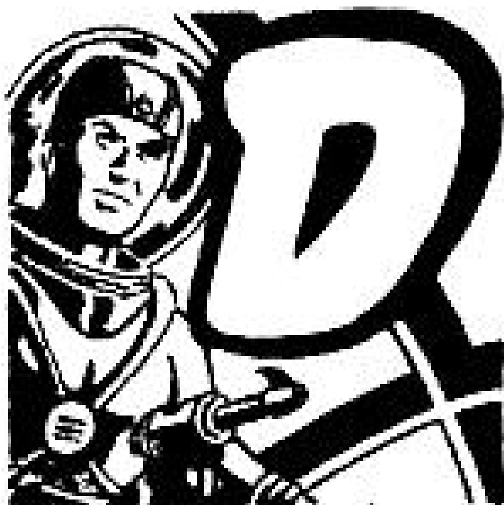
—Entonces —dijo Varzi— ¿cómo se adueñan de la psiquis del hombre? Conocer este extremo resultaría interesantísimo para luchar contra ellos.

—¿Cómo luchar —exclamó Flavia— contra unos seres a los cuales no se les puede ver?

—Yo sí los he visto —dijo Chubb Drummond sorprendentemente.

Una exclamación brotó de todos los labios unánimemente. Siete pares de ojos se volvieron hacia él al mismo tiempo.

CAPÍTULO VI



rummond había encontrado las flores por verdadera casualidad. De vez en cuando, sobre todo si no tenía nada que hacer en la nave, le gustaba pasearse por los alrededores. Sobre todo, por aquel amplio valle cuya extensión no parecía tener límite.

El traje de vacío estaba dotado con un termómetro que señalaba la temperatura exterior, que en Plutón era de −260.º, es decir, muy próxima al cero absoluto, que se cifra en −273.º. Las indicaciones del termómetro oscilaban algunas veces en varios grados, cinco o seis como máximo.

Pero aquel día, al consultarlo de modo maquinal, Drummond vio que el termómetro marcaba −243.º.

La variación de temperatura le extrañó notablemente. Nunca había visto subir el termómetro más arriba de los −258.º, por lo que aquella cifra debía tener su origen en alguna causa externa.

Intrigado, decidió descubrir los motivos de aquella elevación. No

tardó en hallar la entrada de una grieta vertical, en donde el termómetro subió hasta −233.º.

Para hallar la causa, bastaba seguir solamente con la vista el ascenso de la aguja indicadora y caminar en la dirección que marcaba una elevación de temperatura. Drummond probó hacia el centro del valle y la aguja bajó rápidamente a los −257.º.

Volvió sobre sus pasos. En pocos segundos, la aguja ascendió a −239.º. Encontrar las flores, pues, fue cuestión de minutos.

En aquel lugar, la temperatura era de −176.º, es decir, una diferencia con la media de Plutón de más de ochenta grados. La cosa era notable.

Después vino el asunto de las flores, pero Drummond no tuvo tiempo de ocuparse demasiado de ellas. Era evidente que aquellas extrañas plantas «calentaban» el vacío. O bien despedían alguna extraña radiación que influenciaba el termómetro. El caso era que en las proximidades del jardín plutoniano, la temperatura era considerablemente mejor que a cien metros, tan sólo, de distancia.

El casco de la escafandra disponía de un grueso vidrio polarizado que, al par que proporcionaba una perfecta visibilidad, detenía por completo los rayos ultravioleta, tan nocivos en un espacio sin atmósfera. Entonces fue cuando, al salir de la grieta, aturdido aún por su descubrimiento, Drummond divisó una cosa todavía más extraña.

Era como una película brillante, dotada de una ligerísima fosforescencia, de un par de metros de longitud, por uno de anchura. Grueso no tenía, prácticamente, por eso mismo parecía una película.

Drummond sintió una especie de emanación sensorial que partía de aquella cosa, como si la película poseyera vida propia y tratase de sondearle el cerebro. Estaba a la entrada de la grieta, amoldándose exactamente a las menores irregularidades del terreno, quieta, inmóvil, observándole. Drummond se dio cuenta de que la palabra era exacta: aquella cosa le observaba.

No tenía ojos, ni nariz, ni boca. Carecía de la forma humana a la que todos estamos acostumbrados desde nuestra niñez. Pero que era un ser viviente, de ello no le cupo a Drummond la menor duda.

Lleno de curiosidad, se acercó a la película, tratando de tocarla con el dedo. Encendió la antorcha del casco, enfocando los haces

sobre la cosa.

No pasó nada, excepto, quizá, un ligero aumento de su brillo, posiblemente por simple reflexión. Pero, de repente, la película «se puso en pie» y se lanzó contra el joven.

Por unos instantes, Drummond se vio envuelto por aquella película. Su visión disminuyó ligeramente. Era como si el vidrio de la escafandra se le hubiese empañado repentinamente.

Sus movimientos resultaron totalmente instintivos. Apenas vio que aquella cosa se le echaba encima —y fue rápida en actuar—, empezó a manotear para quitársela de en medio.

Mientras gesticulaba exageradamente, sintió que algo le tanteaba el cerebro. Era una sensación singular, nunca percibida hasta entonces, como si una mente extraña quisiera apoderarse de su voluntad.

Vagamente oyó una voz que le ordenaba rendirse, pero casi en el acto, la película se despegó de su escafandra y se tiró al suelo.

Enormemente estupefacto, Drummond vio que aquella cosa se retorcía en agudos espasmos. Tan pronto aumentaba desmesuradamente de tamaño, como se reducía a la décima parte del volumen inicial. Lo mismo se estiraba hasta parecer un brillante cable de acero que se encogía hasta alcanzar la forma de un grueso perdigón.

Y luego —todo esto ocurrió en menos de medio minuto—, la cosa recobró su forma habitual. Y se marchó.

Drummond creía ver un río pequeño corriendo por todas partes, sin principio ni fin o, mejor dicho, llevando consigo el principio y el fin de su propio curso. Ondulaba como una serpiente plana, acomodándose exactamente a las menores irregularidades del terreno. Alcanzó una zona cubierta de metano helado y desapareció.

* * *

—¿Y no habló con ningún tripulante de la nave? —quiso saber Varzi.

—No.

—¿Porqué? —preguntó Pascali.

—La verdad, temí que me tacharan de visionario. Además, esperaba a ver si volvía a divisar algún otro ser para confirmar el

primer avistamiento.

—Y respecto a las flores, ¿por qué guardaste silencio? —inquirió Flavia.

—Hombre, reconozco que me porté un poco egoísticamente. Ya conoces mi afición a la jardinería. Quería traerme algunas semillas a la Tierra…

—Y luego dar el golpe, diciendo que procedían de flores nacidas en el vacío plutoniano —apuntó Ferrant, riendo.

—Más o menos, así fue —contestó Chubb en el mismo tono.

—En resumen —dijo Varzi—, que usted opina que la causa de esos trastornos mentales reside en los extraños seres incorpóreos, de los cuales usted vio un ejemplar en Plutón.

—Después de lo que hemos podido comprobar, yo creo que es así, en realidad —afirmó Drummond.

—Eso tendría bastantes visos de verosimilitud —dijo Pascali pensativamente—. Quizá son incorpóreos, pero necesitan vivir en simbiosis sobre un cuerpo tangible.

—E inteligente —apuntó la muchacha—. Hasta ahora, no se ha registrado ningún caso de esa enfermedad en los animales.

—Eso es cierto —concordó Drummond pensativamente.

—Y si están en la Tierra —dijo Varzi—, fue porque vinieron en los cuerpos de los astronautas.

—Pero ¿cómo salieron de nosotros? —preguntó Levailleur, muy intrigado—. Recuerdo que, de repente, me desperté en el hospital…

Drummond se pellizcó los labios, muy pensativo.

—Tú y Álvarez despertasteis al mismo tiempo.

¿Había alguien con vosotros, quiero decir, en la habitación que ocupabais?

—No —respondieron los interpelados a dúo.

—En cambio, Gallander se despertó apenas entramos Flavia y yo en su cuarto.

La muchacha se irguió en su asiento.

—¡Ya sé por qué despertó Gallander! —exclamó.

Todos la miraron.

—Explícate, ¿quieres? —dijo Drummond.

—Recuerda, Chubb. Cuando fuimos al hospital, yo comenté que, a pesar de haberme bañado, todavía conservaba sobre mi cuerpo un leve aroma a estas flores.

—Sí, eso es cierto.

—Y el ser que te atacó en Plutón, huyó al instante, en cuanto empezaste a manotear. ¿Habías tocado las flores con las manos?

—Desde luego.

Los ojos de la muchacha brillaban enfebrecidos.

—No se hable más —dijo rotundamente—. Esos seres son alérgicos a las flores de Plutón.

Varzi pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Será posible?

Flavia miró al científico.

—Gallander despertó apenas entramos Drummond y yo en su cuarto.

—Pero no vimos al ser —objetó Chubb.

Flavia se quedó pensativa durante unos instantes.

—Bueno, si son incorpóreos, no tienes por qué verlos.

—Si lo vi en Plutón —insistió él—, ¿por qué no en la Tierra?

La muchacha se cubrió los ojos con las manos.

—Lo viste en Plutón… pero no en la Tierra. —De pronto, le miró cara a cara—. Dime, Chubb ¿cómo ibas vestido en Plutón?

—Con traje de vacío, naturalmente.

—Has dicho qué el vidrio de la escafandra estaba polarizado para evitar los efectos de los rayos ultravioletas.

—Claro.

—¿Todas las escafandras son iguales?

—Sí.

—Pero, en Plutón, la influencia de los rayos ultravioletas solares es mínima. ¿Por qué no llevar allí una escafandra con mirador de vidrio normal?

—¿Y qué más da, si la visión es idéntica en ambos casos? La polarización alcanza solamente a los rayos ultravioleta… y sería un engorro cambiar de escafandra según se desembarque en la Luna, por ejemplo, o se pasee uno por Plutón. Al contrario, la comodidad es mayor, puesto que se suprime el inconveniente de tener que cambiar el mirador, con los perjuicios que esto podría acarrear.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Tienes a mano una escafandra? Sí, porque recuerdo que las usamos para ver el sector de flores que cultivas en el vacío. Con el casco es suficiente; el resto del traje no importa.

—¿Qué se propone usted hacer, señorita Gardiner? —preguntó Varzi.

Los ojos de la muchacha resplandecían.

—Comprobar mi teoría. Si eso es cierto, puedo garantizarle que el
D. A. E.
no habrá sido creado en vano. ¿Dice que ha conseguido ya fabricar las píldoras de oxígeno?

—Sí, desde luego.

Varzi extrajo una cajita de su bolsillo y la abrió. Contenía en su interior una docena de tabletas, del tamaño aproximado de una aspirina, de color verde claro.

Drummond tomó la caja y examinó su interior durante unos instantes. Luego, preguntó:

—¿Cuánto durarán los efectos, doctor?

—Calculo que una hora, más o menos. Todavía no lo hemos probado.

Chubb se puso en pie.

—Bien, ¿y a qué esperamos? Tenemos instalado ahí afuera una cámara de vacío y a bajísima temperatura, creo que a menos ciento noventa. Bueno, no es el cero absoluto del vacío, pero para lo que queremos es suficiente. —Miró a Pascali—. Profesor, ¿tiene usted a mano alguna ampolla de su substancia reforzante de la tensión de los tejidos animales?

—Desde luego. Previendo algo por el estilo, traje una caja completa.

—¿No vamos antes al manicomio? —dijo Flavia, un tanto decepcionada.

—Querida —dijo contestó Drummond—, ya que estamos aquí, vamos a probar la eficacia de las tabletas de oxígeno. Una hora más o menos, poco puede resolver, sobre todo si hemos conseguido, como suponemos, el medio para combatir a los seres plutonianos. Profesor Pascali —Chubb se remangó el brazo—, espero la inyección.

—Al momento, capitán.

Pascali lo preparó todo. Unos minutos después, la aguja penetraba en la vena del joven.

—Esperaremos diez minutos. Al cabo de ese tiempo, los tejidos

habrán alcanzado la fortaleza necesaria para resistir la descompresión, sin perder por ello la flexibilidad.

—Muy bien —dijo Chubb. Echó mano a la cajita y, una tras otra, ingirió dos tabletas.

El joven vestía sencillamente una camisa de manga corta y *shorts*, dada la estación veraniega. Mientras esperaba que los medicamentos surtieran sus efectos, se fumó un cigarrillo.

Unos momentos después, seguido por el resto, se encaminó a la cúpula que habían construido, bajo sus indicaciones, en un rincón del jardín. La cúpula disponía de una esclusa, así como de un dispositivo polarizador de la luz, a fin de obscurecer su interior si se deseaba.

Sin la menor vacilación, Chubb abrió la compuerta externa de la esclusa y pasó al interior, cerrando acto seguido. La esclusa disponía de control doble, con el fin de poder inyectar o aspirar el aire tanto desde adentro como desde fuera. En esta ocasión, fue él mismo quien se encargó de hacer el vacío en la esclusa.

Cuando la última partícula de aire hubo sido expulsada, agitó las manos, con el fin de manifestar que se encontraba perfectamente. Luego, abrió la compuerta interna y se sumergió en un lugar cuya temperatura estaba muy próxima a los doscientos grados bajo cero.

Se paseó tranquilamente por aquel sitio, sin advertir la menor molestia, ni percibir sensación alguna de ahogo o de dolor en sus tejidos y órganos anatómicos. Sonrió al ver las caras de asombro que ponían los espectadores del asombrado experimento.

Estuvo en el interior de la cúpula alrededor de un cuarto de hora, al cabo del cual salió al exterior.

Varzi y Pascali se le echaron encima, asaeteándole a preguntas. Drummond las contestó todas, con el mejor humor del mundo y, luego, les recordó que tenían algo que hacer.

—Desde luego. Vayamos cuanto antes al manicomio —aprobó Varzi.

—Y no nos olvidemos de la escafandra —recordó Flavia—. Es de todo punto imperativo que alguno de nosotros pueda divisar al ser.

Mientras los demás se disponían para la marcha, Drummond se quedó en el mismo sitio, sumamente pensativo.

Flavia lo advirtió y se le acercó.

—¿Qué te sucede, Chubb? —inquirió.

—Estaba pensando…

—¿En qué?

—Vamos a expulsar al ser de un cuerpo humano. Pero ¿no correremos el riesgo de que se introduzca en otro?

—No en el de ninguno de nosotros. Recuerda que todos, más o menos, hemos tocado esas flores, y nuestros cuerpos, aunque no lo percibamos, están impregnados de su aroma. Es ese perfume, precisamente, lo que hace abandonar al ser su envoltura carnal.

—Sí —convino Chubb—, pero lo ideal sería que atrapáramos a uno de ellos. Son inteligentes, Flavia, y si pudiésemos entrar en contacto con ellos… Me gustaría más entenderme con esos seres que no declararles la guerra, ¿comprendes?

Flavia suspiró.

—Desde luego, tu idea es magnífica, pero me temo que no pueda llevarse a la práctica. Date cuenta; en dieciséis semanas, aproximadamente, se han reproducido hasta alcanzar una cifra cercana a los dos millones.

—Lo cual indica que este planeta les es sumamente favorable para su vida.

—Sí. Pero la humanidad corre un riesgo gravísimo, Chubb. Imagínate que esos seres se reproduzcan de tal modo, que no quede una persona sin su correspondiente segunda alma —vamos a llamarla de ese modo. Una vez que el ser ha conseguido su cuerpo y dominado por completo el correspondiente intelecto, ¿qué es lo que hace la persona atacada?

—Nada.

—Exactamente, Chubb. Tú lo has dicho. Nada. Moriría de inanición si no se le diese de comer. Pero ¿quién dará de comer a miles de millones de personas? ¿Qué ocurrirá cuando todos los habitantes de la Tierra hayan sido ocupados por esos seres incorpóreos?

Drummond se estremeció.

—¡Cielos! Pereceríamos todos inexorablemente.

Ella apoyó su mano sobre el brazo del joven.

—Por eso tenemos que luchar contra ellos, ahora que todavía es tiempo. Fíjate bien, en sólo dieciséis semanas, han alcanzado la cifra de dos millones, aproximadamente. En el doble, es decir, en treinta y dos semanas, ocho meses en total, alcanzarían una cifra

aproximada de setenta y tres mil millones… Es la vieja historia del tablero de ajedrez y un grano de trigo en el primer cuadro, dos en el segundo, cuatro en el tercero y así sucesivamente.

Drummond palideció.

—Pero… ¡los habitantes de la Tierra somos apenas diez mil millones!

—Justamente —dijo Flavia con frialdad—. Y alcanzar esa cifra les costará menos de treinta semanas en total, Chubb.

Hizo una pausa.

—A menos que no actuemos con toda rapidez, antes de cuatro meses la Tierra será un inmenso pudridero.

CAPÍTULO VII


l resultado fue sorprendente.

Bastaba, en efecto, presentarse ante un atacado de aquella extraña locura, con el cuerpo —o solamente alguna parte del cuerpo — impregnado del más leve olor a las flores plutonianas, para que el individuo recobrase inmediatamente la cordura.

La primera etapa, naturalmente, fue cubierta en el Hospital General, en donde había miles de casos declarados.

Era un espectáculo sorprendente abrir la puerta de un cuarto, entrar en la estancia y, al minuto, ver al paciente recobrar por completo la normalidad, sin la menor traza de daño físico ni, por supuesto, secuela alguna mental del tiempo que había permanecido sumido en la noche de la demencia.

Para mayor seguridad, Drummond sugirió un ligero frotamiento en cualquier parte del cuerpo con sus propias manos. Esto bastaba para transmitir al paciente una pequeñísima parte de aquel aroma, con lo cual quedaba inmunizado contra aquellos extraños seres

incorpóreos.

Por el contrario, en las inmediaciones del Hospital, aquel día, fueron numerosos los atacados por la locura. Pero inmediatamente que se tenía noticia de algún caso y el individuo atacado era llevado al hospital, se expulsaba de su cuerpo al ser incorpóreo en el acto. De los ocho que habían estado presentes en la entrevista, siete permanecieron veinticuatro horas enteras en el Hospital Ferrant había quedado al cuidado de la granja.

—Parecemos santos haciendo milagros —había dicho en broma Drummond una ocasión.

Flavia sonrió. Después de veinticuatro horas de trabajar sin apenas descanso, se sentía muy fatigada.

Los demás estaban también bastante cansados, aunque se habían relevado para curar a los enfermos. En realidad, no debieran haberse fatigado, pero la noticia de que en aquel hospital sanaban a los dementes, se había extendido con la rapidez del relámpago, y habían sido muchísimos los que habían traído a sus deudos y amigos para que los curasen.

Pero Drummond no se sentía contento del todo.

—Estamos expulsando a esos seres, sí —dijo—. Sin embargo, ¿qué sabemos de ellos? ¿Qué cualidades poseen? ¿Cuál es su grado de inteligencia? ¿Pueden hacerse visibles? ¿No acabarán ellos también inmunizándose contra el olor de las flores que les hace huir?

Las preguntas del joven quedaron sin respuesta durante unos momentos.

Varzi fue el primero en hablar.

—Podríamos intentar capturar uno de ellos.

—¿Cómo? —preguntó Pascali.

—Los hemos visto huir —dijo Drummond—. Cada uno de nosotros, por turno, hemos llevado puestas las dos escafandras de que disponíamos. Pero no sabemos dónde han huido…

—En busca de nuevos cuerpos reales —apuntó Flavia.

—Y por segunda vez, cuando han pasado a un cuerpo situado en las inmediaciones del Hospital, les hemos vuelto a expulsar. ¿Dónde se han ido esta vez?

Durante unos momentos, todos callaron. De pronto, Drummond chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Seis pares de ojos le contemplaron con sumo interés.

—Sí —afirmó el joven—. Hemos podido verlos a través de un vidrio polarizado. ¿Por qué no construir una jaula del mismo vidrio y encerrar a uno de los seres incorpóreos en ella? Esto nos permitiría verlo y, quizás, entrar en contacto con él. Debe tratarse de una raza inteligente. Si consiguiéramos trabar relación con ellos, acaso pudiéramos convencerles de la necesidad y conveniencia que sería para ambas razas de convivir juntos y no combatiéndonos mutuamente, como lo estamos haciendo ahora.

»Esto que sucede en los momentos actuales es una guerra —añadió—; y en una guerra, aun el vencedor acaba perdiendo. Ya se han producido muchísimas muertes por inanición, en lugares donde los dementes no han podido ser atacados. Conocemos el remedio para combatirlos, pero si pudiéramos evitar los medios, que pudiéramos llamar, cruentos, todos obtendríamos grandes ventajas y evitaríamos así la pérdida de muchísimas vidas humanas.

Varzi y Pascali se miraron el uno al otro, como consultándose con la mirada.

—La idea es buena —dijo el primero.

Pascali se puso en pie. Una expresión resuelta se dibujaba en su rostro.

—Voy a dar todos los pasos necesarios para la construcción de esa jaula —dijo.

—Y yo —exclamó Varzi, poniéndose en pie también—, voy a iniciar la fabricación del perfume plutoniano en gran escala.

Flavia se apretó contra Drummond. Se sentía sumamente alegre.

—Los derrotaremos —dijo con acento optimista.

* * *

El

I-F

1 convocó a «reunión».

Éstas fueron sus palabras:

—Hermanos, hemos cometido un grave error. Es cierto que, en los primeros momentos, nuestro triunfo ha sido arrollador. En poco tiempo, hemos conseguido aumentar nuestros efectivos hasta una

cifra jamás soñada por el más optimista de nuestro pueblo.

»Pero no habíamos contado con los efectos de nuestra invasión. Los habitantes de este planeta empiezan ya a morir de inanición en los lugares donde no pueden ser atendidos.

»Como consecuencia, aquellos In-Form que ya tenían su correspondiente cuerpo, se han visto obligados a abandonarlo para buscarse otro donde sobrevenir y desdoblarse en un nuevo In-Form.

»El error ha consistido en una sujeción total de la mente del humano. Esto no debe ser. Hemos de rectificar. Hemos de liberar parte de las ataduras psíquicas, con el fin de que el dueño del cuerpo pueda desempeñarse con cierta libertad y atender a sus necesidades más perentorias.

»A partir de este momento, pues, cesará toda sujeción total. Los habitantes de la Tierra podrán moverse pero siempre obedientes a nuestros deseos. Tened en cuenta que si lo hacemos así, en tres semanas seremos los suficientes como para habernos convertido en dueños del planeta.

»Y una vez lo hayamos conseguido, una vez todos sus habitantes estén prisioneros de nuestra influencia, podremos decir que hemos dado el primer paso en la marcha que ha de conducirnos a la conquista y dominio de la Galaxia.

»Pero antes de terminar, he de haceros una advertencia. Los terrestres han descubierto un arma terrible, un arma que nos hace desalojar en el acto el cuerpo que ya habíamos ocupado. Es preciso luchar contra esa arma con todas nuestras fuerzas.

»¿Cómo?

»Os lo diré mañana, a la hora de nuestra reunión de costumbre. Mientras tanto, obedeced y haced lo que os he ordenado.

»He dicho.

* * *

Levailleur y Álvarez salieron del ascensor y avanzaron por el corredor, portando en las manos una caja de vidrio polarizado, idéntico al que se usaba en las escafandras de los trajes espaciales.

La caja era cúbica y tenía un metro de lado, aproximadamente, abriéndose por uno de sus costados. El cierre era absolutamente hermético. Para comprobarlo, se había metido la caja cerrada en una cámara de vacío, habiéndose medido antes cuidadosamente la cantidad de aire que contenía. Al salir de la cámara, el volumen de aire era absolutamente idéntico. No había habido, pues, la menor pérdida, lo cual garantizaba su completo hermetismo.

Drummond y Flavia esperaban ya en el pasillo, provistos ambos de sendos pares de gafas del mismo vidrio, al igual que los dos astronautas. Pascali venía tras ellos, con un pequeño pulverizador, lleno de agua perfumada por Varzi, el cual se había quedado en la granja, intensificando la fabricación de aquel perfume que tan desastrosos efectos producía en los seres incorpóreos.

El quinteto se detuvo ante una puerta, al otro lado de la cual se hallaba un enfermo. Junto con éste se encontraban el director y un médico del hospital.

La tensión era enorme. Flavia se agarró aprensivamente al brazo del joven.

—No sé por qué —dijo—, siento miedo, Chubb.

El joven palmeó su mano.

—Olvida tus aprensiones, querida —contestó—. Esto es cosa fácil y en pocos momentos estará hecho. —Se volvió hacia Pascali —. Profesor, ¿cree usted que todo está listo ya?

Pascali asintió.

—Desde luego. —Sacó el pulverizador y esparció unos cuantos chorros frente a la puerta—. Si esto da resultado, el ser no podrá abandonar la habitación.

—Bien, pues, ¡adelante!

Uno de los médicos abrió la puerta. Pascali entró el primero, seguido de Drummond y el resto.

—¡Cierren, pronto!

Drummond sabía que, puesto que la puerta no era estanca, el ser podía escapar por alguna rendija. Pero habiendo sido rociada con el agua perfumada, no podría atravesar ninguna barrera.

Todos estaban provistos de aquellas gafas. Por pura precaución, Pascali extendió un poco de perfume por la estancia. Pero, en realidad, no hubiera sido necesario.

El efecto resultó fantástico.

Apenas entraron en la habitación, el ser se hizo visible.

El enfermo estaba sentado en una silla, en la actitud típica de todos los atacados por la extraña enfermedad. De pronto se vio envuelto en una especie de aura suavemente fosforescente, que adoptaba por completo la forma da su cuerpo.

—Dejen la jaula en el suelo y ábranla un poco —ordenó Pascali.

Álvarez y Levailleur obedecieron. Pascali lanzó un chorro de agua pulverizada contra el enfermo.

El ser cayó bruscamente al suelo. Se agitó con lo que parecían dolorosas convulsiones, con espasmódicas ondulaciones, en cuyas curvas se veían violentos destellos irisados. Pascali lanzó un par de descargas hacia la parte situada a los pies del enfermo, y el ser onduló hacia adelante.

—¡Preparen la jaula! —exclamó Drummond.

Todos contemplaban el espectáculo con morbosa fascinación. El ser, estimulado por los chorros de líquido pulverizado, contorsionándose terriblemente, se deslizó hacia la caja. Pascali lanzaba chorros a diestro y siniestro, corrigiéndole la marcha, si se desviaba de su ruta.

El vidrio polarizado les permitía advertir los menores movimientos del ser incorpóreo. Por fin entró en la caja y Álvarez la cerró de golpe.

—¡Ya está! —gritó satisfechísimo.

Drummond se quitó las gafas. El efecto era sorprendente. La caja, a simple vista, parecía vacía. Pero al usar de nuevo las gafas, el ser se veía, hecho una bola en el fondo de la jaula, fosforesciendo con un aura de la cual emanaba una singular malignidad, jamás percibida hasta entonces por ninguno de los presentes.

El enfermo se había recuperado por completo y miraba atónito en torno suyo, no explicándose por qué había allí tanta gente. Pero ninguno de los presentes le hacia el menor caso; toda su atención estaba centrada en la contemplación del extraño ser que habían capturado.

—La caja es hermética —dijo Drummond—, aunque, para mayor garantía, convendría aumentar la seguridad de que el bicho no se va a escapar.

—¿Cómo? —preguntó Pascali.

—Déjeme. —Le tomó el pulverizador y roció las junturas de la

puerta—. Así ya no se marchará. El perfume persiste bastantes días, los suficientes para poder entrar en contacto con él.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó Flavia.

—Nuestra obligación es intentarlo —respondió él.

En aquel momento, un hombre entró en la estancia de modo atropellado. Tenía el rostro encendido y jadeaba con fuerza.

Era uno de los médicos del hospital y se encaminó rectamente hacia el director del mismo, hablándole al oído.

El rostro del director se iluminó.

—¿Es cierto eso que dice, doctor Sullivan?

—Por completo. El gobierno acaba de dar una notificación oficial. Además, los pacientes que teníamos aquí acaban de recobrarse.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó el joven.

El director se volvió hacia Drummond.

—Capitán —respondió—, el gobierno acaba de hacer una declaración en la cual se dice que, de modo brusco, la epidemia ha cesado. Todos los atacados por la locura han recuperado el juicio y se encuentran en estado completamente normal.

Drummond se quedó boquiabierto.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó.

—¿Es cierto? —exclamó Pascali.

—Señores —respondió el director—, yo me limito a transmitir lo que acaban de comunicarme. Y si es verdad —cosa que creo sin titubeos—, en estos momentos me espera un trabajo agobiante, con miles de enfermos a los cuales despachar y dar de alta de este centro.

El director se marchó, seguido de sus ayudantes. Drummond y los demás quedaron allí, completamente desconcertados por la noticia.

—Bueno —dijo Pascali—, parece que hemos perdido el tiempo.

Drummond se frotó la mandíbula.

—No tanto —objetó. Miró hacia la jaula de vidrio polarizado—. A fin de cuentas, tenemos un prisionero. Y esto es mucho.

—Sí —concordó Flavia—, pero ¿cómo vamos a entrar en contacto con él?

Drummond tomó una resolución.

—Lo mejor será llevárnoslo. En nuestra granja estaremos a salvo

de curiosidades e indiscreciones y podremos trabajar con entera comodidad. Vamos.

Álvarez y Levailleur tomaron la caja, Drummond, Flavia y Pascali salieron delante, precediéndoles.

Llamaron al ascensor. El aparato no llegó.

—Parece que tiene mucho trabajo —comentó Drummond.

—Es lógico, los enfermos están abandonando el hospital en bandadas.

—Bueno —decretó el joven—, usaremos la escalera.

La distancia por otra parte, no era excesiva, ya que se hallaban en el cuarto piso. Buscaron la escalera y empezaron a descender.

Su marcha se vio obstaculizada por los numerosos enfermos que abandonaban el hospital, hasta tal punto, que al llegar al segundo piso, se vieron obligados a detenerse y a esperar.

Estaban en una sala de bastante amplitud, dotada de grandes ventanales, desde la cual podían divisar todo el ámbito del patio delantero del hospital. Hileras de enfermos, ya curados, abandonaban el centro, con ánimo de volver a sus casas.

Drummond encontraba todo aquello sumamente extraño.

—Esto no me acaba de convencer —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Flavia.

El joven se golpeó los dientes con las gafas polarizadas, que se había quitado una vez encerrado el prisionero en la jaula.

—No lo sé —respondió—. Pero tengo la sensación de… ¿has oído hablar alguna vez de lo que es una retirada estratégica?

Pascali frunció el ceño.

—¿Qué es lo que sugiere usted, capitán?

—Una retirada estratégica —dijo Drummond—, puede tener dos significados. Uno el propagandístico, y se emplea para ocultar un palizón recibido a manos del enemigo. Pero si se usa en un sentido literal, significa que ante la presión adversaria, uno de los combatientes busca mejores posiciones a retaguardia, con el fin de contraatacar cuando disponga de más y mejores medios de combate.

Flavia palideció.

—¿Quieres decir —preguntó con un hilo de voz— que los seres incorpóreos han realizado una retirada estratégica, tal como tú sugieres debe entenderse la frase?

Drummond se pellizcó los labios.

—¿Por qué salen tan silenciosos del hospital? Fíjense todos. Hay cientos, acaso miles de enfermos que se marchan. Apenas se oye una voz, cuando lo cierto es que debieran formar una algarabía espantosa al verse curados.

—¡Condenación! —exclamó Pascali—. ¡Es cierto, capitán!

Drummond se puso las gafas. Su rostro adoptó una expresión sombría.

—Esos individuos no están curados del todo —dijo—. Todavía son prisioneros de los seres incorpóreos.

Todos volvieron a ponerse las gafas.

El joven tenía razón.

CAPÍTULO VIII


í, Chubb Drummond tenía razón. El enemigo había ejecutado tan sólo una retirada estratégica.

Las gafas les habían permitido ver a infinidad de humanos, acompañado cada uno de su correspondiente «espectro». A simple vista, el aspecto físico de las personas era corriente. Pero en cuanto se colocaban los ojos detrás de un vidrio polarizado, podía verse a la persona envuelta en aquella aura característica, de tan ligera aunque inconfundible fosforescencia.

Veinticuatro horas más tarde, el grupo estaba en la granja, reunidos todos ellos en torno a la caja donde estaba encerrado el prisionero, con aspecto sombrío y guardando un apesadumbrado silencio.

Flavia lanzó un suspiro que se oyó perfectamente. Alguien encendió un fósforo y el chasquido de la cabeza inflamable hizo pegar un respingo a más de uno.

Ana Ferrant entró con una bandeja llena de tazas y una cafetera.

Colocó una taza frente a cada uno de los presentes y luego empezó a servir la infusión.

Súbitamente, Drummond se enderezó en su silla. Los ojos le brillaban coma ascuas de fuego. La mesa era muy grande, pero aun así, las tazas volaron por el aire con toda facilidad, debido al tremendo puñetazo que pegó sobre el tablero.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué es lo que tienes, Chubb? —preguntó Flavia.

El rostro de Drummond aparecía como si estuviese poseído por la fiebre.

—El modo de entrar en contacto con esos seres —respondió.

Pascali le miró excitado.

—Explíquese, capitán —dijo perentoriamente.

Drummond paseó la vista en torno suyo.

—No quisiera ofender a nadie —dijo—, pero a veces el hombre, que se las da de tan inteligente, merecería ser enganchado a un arado. Teníamos la solución delante de nuestros ojos —señaló a la jaula que estaba en el centro de la gran mesa— y no la sabíamos ver.

—Por favor, Chubb —rogó Flavia.

—Pues es muy sencillo. Voy a dejar que ese ser se introduzca en mi cuerpo.

—¡No! —gritó Flavia en el acto.

—Tranquilízate, querida —dijo el joven—. Tenemos el medio de expulsarlo.

—Pero…

—Escucha, escúchenme todos. Llevamos aquí veinticuatro horas, durante las cuales hemos realizado toda clase de esfuerzos para entrar en relación con nuestro prisionero. La radio, la voz, los proyectores de imágenes, incluso la telepatía, todo ha sido inútil.

»Sólo hay una forma de conocer sus “pensamientos” y es dejar que se apodere de un cuerpo.

—¿Del tuyo? —preguntó Flavia recelosamente.

—Del mío —respondió él con firmeza.

—Pero… aun así, no es seguro que puedas entrar en contacto con él.

Drummond señaló a sus compañeros del viaje a Plutón.

—¿Recuerdas lo que dijeron ellos? Mientras estaban poseídos

por su ser o lo que sea, oían voces. Y entendían lo que se hablaba —expresémoslo de esta manera—, pero no recordaban luego las conversaciones que habían tenido lugar entre los distintos seres.

Los ojos de Varzi brillaban como ascuas.

—Podría ser una solución —dijo excitadamente—. La radio habla de que todos los enfermos han sanado.

—Pero sólo parcialmente —alegó el joven—. Mi impresión es de que esos misteriosos seres incorpóreos se han dado cuenta de que actuando como lo hacían ahora, corrían derechitos a su ruina. ¿Qué iban a hacer cuando todos hubiésemos muerto? Parece ser que su estado óptimo estriba en poseer un cuerpo tangible y, a poder ser, con inteligencia, ya que no se ha registrado un solo caso de posesión de un animal. Si todos hubiésemos muerto, ellos hubieran muerto también. O por lo menos, habrían pasado a un estado mucho peor que el que ahora tienen.

—Eso parece razonable —concordó Pascali.

—Y ahora, claro, dándose cuenta de que se encaminaban a la catástrofe, han aflojado sus ligaduras mentales y los enfermos pueden desempeñarse libremente por sí solos, aunque, me supongo, con ciertas limitaciones.

—Pero si se dan cuenta de los propósitos que abrigas al entablar relación con ellos, puede que intenten algo contra ti —manifestó Flavia, temerosamente.

—Sea como sea, mi deber es hacerlo —contestó él con firme resolución.

Flavia comprendió que cualquier objeción que opusiera a los planes del joven sería rechazada y no insistió más en ello.

—Veamos —dijo Pascali—, ¿cuál es su plan, capitán Drummond?

—Una habitación en la cual no quede el menor rastro del perfume que tanto daño les causa. Yo me bañaré cuidadosamente todas las veces que sean precisas. Es posible que falle algún intento; si eso ocurre, significará que todavía queda en mi cuerpo alguna partícula del perfume.

—¿Y la jaula? —quiso saber Varzi.

—También la lavaremos. Aunque si se abre de par en par, no creo que tenga ninguna dificultad en salir.

—¿Y cómo se comunicará con nosotros?

—No puedo asegurar nada —contestó el joven—. Ya veremos cuando tenga al ser dentro de mí.

—Pues entonces —exclamó Pascali—, no perdamos más tiempo. Manos a la obra. Lo primero que hemos de hacer es buscar un jabón neutro, sin perfume de ninguna clase. Después…

Chubb se sometió a una serie de exhaustivos lavados de cuerpo, que duraron veinticuatro horas. La jaula fue trasladada a una habitación de la cual se hizo desaparecer todo rastro de perfume, mediante una cuidadosa irrigación con una substancia absorbente que la dejó limpia por completo. Las ropas que se había de poner fueron sometidas a un tratamiento idéntico.

Al día siguiente, todo estaba listo para la gran prueba. Flavia quiso acompañarle, pero Drummond no se lo permitió.

—Tú debes conservar todavía algún rastro de perfume. No puedes entrar.

—Pero, Chubb… —Los ojos de la muchacha estaban cuajados de lágrimas.

—Por favor. No será nada, horas quizás, acaso menos todavía. Ten paciencia y espérame.

Flavia trató de sonreír.

—Y ni siquiera puedo darte un beso.

Drummond enarcó las cejas.

—¿Debo tomar esa frase como una declaración amorosa?

—Oh, Chubb, no nos hemos dicho nada todavía —contestó ella, con el rostro lleno de rubor—, pero creo, que… creo que mi primer hijo nacerá aquí, como tú.

Drummond se sintió íntimamente conmovido por las palabras de la joven. Fue a acariciarle la mejilla, pero contuvo el gesto a tiempo.

—Adiós —dijo roncamente. Dio media vuelta y se metió en la habitación, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Rocíen la puerta con el perfume —ordenó el profesor Pascali.

Levailleur y Álvarez se apresuraron a cumplir la orden.

Pasaron unos minutos. Los minutos se convirtieron en media hora.

Pascali consultó el reloj con gesto impaciente. A su lado, la muchacha se sentía nerviosísima.

Un cuarto de hora después, el nerviosismo de Flavia se había

contagiado a todos los presentes.

—¡Abra la puerta, profesor! —pidió ella.

Pascali consultó con Varzi. Éste meditó unos segundos.

—Creo que ha pasado ya el tiempo suficiente para que Drummond haya podido conseguir su objetivo:

—Bien —dijo Pascali—. Abran.

Álvarez hizo girar el pomo y empujó la puerta. Terriblemente ansiosa, Flavia se precipitó dentro de la estancia.

Un segundo después, lanzaba un agudo grito.

La jaula de vidrio polarizado estaba abierta de par en par.

Lo mismo que la ventana situada en el muro opuesto a la puerta.

Y del capitán Drummond ni del misterioso ser no quedaba el menor rastro.

Flavia exhaló un profundo suspiro, cerró los ojos y se desmayó inmediatamente.

* * *

Cuando Drummond entró en la estancia, lo primero que hizo fue cerrar la puerta a sus espaldas.

Contempló al ser, que yacía en la misma postura que el primer día de su captura, convertido en una bola fosforescente de unos cincuenta centímetros de diámetro.

El ser no tenía ojos, pero Chubb sabía que le estaba mirando con todos los átomos de su incorpórea estructura. Y le miraba con odio, con un odio latente, palpitante, lleno de una infernal perversidad que lo envolvía en una maligna aureola.

Deglutió sin poder contenerse. Por unos instantes, sintió el deseo de dar media vuelta y salir por donde había entrado.

Pero rectificó inmediatamente. Alguien tenía que hacerlo, alguien tenía que averiguar los planes de aquellos invasores. Qué era lo que deseaban, lo que querían, sus propósitos, sus intenciones… su forma de actuar y de comunicarse.

Era preciso averiguarlo todo y no tenía más que una forma de hacerlo.

Inspiró con fuerza. Mientras que con la mano izquierda se asía al pestillo de la puerta de la jaula, con la otra se colocó las gafas polarizadas. Era preciso que viese actuar al monstruo —¿era un

monstruo?— y sin gafas no podría hacerlo.

Soltó el pestillo, hizo girar la puerta y dio un salto atrás.

Esperó.

La bola se agrandó, perdiendo densidad. Su fosforescencia se hizo más débil. De pronto, el ser perdió la forma esférica.

Drummond contuvo el aliento. El ser se transformó en una cinta de unos sesenta centímetros de ancho, con un extremo en el interior de la caja. El otro salía ya fuera de la misma.

El joven permaneció en el mismo sitio. La parte delantera del ser le rozaba ya los pies.

Y, de pronto, una suave nebulosidad le envolvió de pies a cabeza. Sintió un frío glacial en las venas —«algo así como si la sangre se me hubiera convertido en agua helada», había manifestado Álvarez— y, luego, la sensación de hallarse envuelto por algo intangible pero realmente existente.

Estaba fuera de él, envolviéndole hasta en los menores repliegues de su epidermis —podía verlo a través de las gafas polarizadas— y, al mismo tiempo, también dentro de su mente. Sintió el choque de una voluntad extraña contra la suya y, aunque en el primer momento, albergó el deseo de resistirse, pronto rectificó. Aquélla no era la mejor manera de conseguir el anhelado objetivo.

Y el ser habló de pronto. No con él, sino con otro ser situado a Dios sabía qué distancia.

Drummond se dio cuenta de que el diálogo entablado no se realizaba en su idioma, sino en otro muy distinto, que no tenía palabras tal como las entendemos nosotros, sino más bien era un conjunto de imágenes y figuras con las cuales se describía cualquier cosa que se mencionara en la conversación. Advirtió también que, en estado normal, aquel lenguaje le habría resultado totalmente ininteligible, pero teniendo el ser dentro de sí, lo entendía a la perfección.

El diálogo fue breve, aunque substancioso.

(—

I-F

75-C-557

llama a

I-F

1. Es urgente).

La respuesta no se hizo esperar.

(—

I-F

1 te contesta. Habla,

I-F

75-C-557).

(—He estado prisionero de los hombres. Ahora me han liberado y he conseguido apoderarme de un cuerpo).

Pausa.

(—Reúnete conmigo).

(—Sí).

No hubo más. Drummond entendió perfectamente el cortísimo diálogo. Se preguntó dónde estaría el misterioso

I-F

1 y se dijo que debía ser el jefe de todos los seres incorpóreos. Pero no tuvo mucho tiempo de meditar sobre el asunto. El ser se dirigió a él, con gran sorpresa por su parte.

(—Camina).

Drummond dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

(—No. Por ahí, no, por la ventana).

Drummond giró en sentido contrario. Llegó a la ventana y antes de abrirla, se dijo que le convendría probar qué sucedía si intentaba resistirse. Por el momento, salvo una ligera turbiedad en la vista y una especie de ingravidez en su cuerpo, no sentía ningún daño físico.

Permaneció quieto. El ser volvió a hablarle.

(—Vamos. ¿A qué esperas?).

(—No quiero irme. Deseo quedarme con mis amigos).

(—Tienes que obedecerme. Yo soy tu dueño ahora, ¿comprendes?).

(—¿Y si no quisiera?).

(—Te aconsejo que no te niegues a mis deseos. Lo lamentarías).

Drummond fue a decir «Pero tú te quedarías sin cuerpo», aunque no llegó a expresarlo.

(—¿Me matarías?).

(—Tal vez).

(—¿Y qué harías sin cuerpo tangible?).

(—Me buscaría otro. En tu planeta abundan. Vamos).

Drummond quiso probar. Dio un paso atrás.

Inmediatamente cayó de rodillas, sintiendo un lacerante dolor en el cerebro.

(—No he hecho apenas fuerza. La próxima vez, te mataré).

El joven se puso en pie penosamente. Jadeaba y tenía el cuerpo cubierto de una fina película de transpiración.

(—Está bien. Obedeceré).

Pero en su fuero interno se dijo que en cuanto pudiera, trataría de librarse por sí solo de aquel ser que mantenía cautivo su cuerpo y su espíritu.

Abrió la ventana, saltó al jardín y echó a correr.

* * *

Cuando llegó a la ciudad, se sentía deshecho y exhausto. Al pasar por un parque público, divisó un banco y se dejó caer en él.

(—Vamos, sigue).

(—No puedo. Estoy reventado de fatiga. Déjame descansar un poco. De lo contrario, te quedarás sin cuerpo aun sin desearlo).

(—Está bien. Descansa unos minutos. Pero luego continuaremos, ¿entiendes?).

Drummond no contestó. Estaba pensando en que había determinadas zonas de su mente que permanecían aisladas de la voluntad del ser. Algunos de sus pensamientos no habían sido captados por su aprehensor…

(—Estás equivocado. Percibo todos y cada uno de tus pensamientos. Lo que sucede es que no me interesa anularte por completo, pero lo haría si lo desease, ¿comprendes?).

Drummond se aterró. Si aquello era verdad, ¿cómo se las iba a arreglar para expulsar de su cuerpo al monstruo incorpóreo?

(—No hay más que una forma… y ya me cuidaré yo de que no la emplees).

(—Está bien. Pero no olvides que en la Tierra no somos tontos y que podemos daros mucha guerra).

El ser exhaló una silenciosa carcajada.

(—No presumas de lo que no es cierto. No podéis oponeros a nosotros, pese a que hayáis conseguido algunas victorias locales.

Pero pronto os pondremos en situación de no combatir ya jamás y de obedecernos ciegamente para siempre. ¿Has descansado ya?).

(—Apenas acabo de sentarme —refunfuñó Drummond de mal talante—. ¿Tanta prisa tienes, demonios?).

(—Está bien. Esperaré un poco más).

Pasaron unos minutos. La gente circulaba apaciblemente por el parque. De pronto, el ser le dio una orden.

(—Ponte en pie).

(—¿Qué es lo que quieres?).

(—Obedece y no repliques).

Drummond hizo lo que le decían. Se dio cuenta de que un paseante se acercaba a ellos, caminando por el sendero enarenado.

(—Pregúntale qué hora es).

Drummond obedeció. El transeúnte consultó su reloj y se lo dijo. Entonces, el ser le dio otra orden.

(—Pégale. Fuerte, En la mandíbula).

(—Pero…).

(—¡Obedece!).

Al mismo tiempo, el ser le lanzó una descarga mental que le hizo verlo todo rojo. Ciego de dolor, Drummond disparó su puño derecho, alcanzando de lleno el mentón del desdichado transeúnte.

El individuo se desplomó al instante, sin un solo gemido.

(—Cógelo en brazos y llévalo al banco).

Drummond se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que hacer lo que le ordenaban. Levantó el cuerpo del individuo y lo transportó hasta el banco, procurando acomodarlo en el asiento lo mejor posible.

(—Ahora estate quieto y no te muevas para nada. Pero primero, agarra la mano de este hombre).

Chubb tomó la mano del individuo. Le miró sin poder contenerse.

En el mismo instante, sintió un frío intensísimo. Le pareció que unas pinzas invisibles le arrancaban la epidermis, al mismo tiempo que dentro de su cuerpo percibía una extrañísima sensación de vacío.

Luego todo se alejó y se difuminó, envuelto en un vertiginoso torbellino de niebla gris, de la cual brotaban con fulgurante rapidez unos diminutos relámpagos brillantes de color dorado.

El fenómeno duró un espacio de tiempo que Drummond no pudo precisar. Después, todo se aclaró en torno suyo, aunque persistiendo, sin embargo, el fenómeno de neblina que se había producido apenas fue asaltado por el ser sin cuerpo.

(—Ya podemos continuar. Levántate y camina).

Drummond se puso en pie. Miró hacia el individuo, el cual continuaba todavía en el banco, sumido en los efectos del k. o.

Y se estremeció horriblemente al comprender lo que había sucedido.

El monstruo se había reproducido, dividiéndose en dos seres idénticos, uno de los cuales se había apoderado del transeúnte.

(—Vamos. Sigue tu camino).

Drummond se vio constreñido a obedecer. Una hora más tarde, se hallaba ante el jefe de aquel pueblo de seres sin cuerpo.

(—Te saludo,

I-F

1.)

(—Te saludo,

I-F

75-C-557).

Drummond se aterró. Porque el hombre en cuyo cuerpo se hallaba el jefe de aquellos monstruos era nada menos que el Presidente del Gobierno Mundial, el tío de Flavia.

CAPÍTULO IX



l presidente sonrió con aire de condescendiente superioridad.

—Bien —dijo—. Por fin te tengo aquí, capitán Drummond.

Chubb se dio cuenta de que «oía» las palabras del tío de Flavia, porque éste las pronunciaba sonoramente, pero en realidad, no era el presidente quien le hablaba, sino el monstruo que le poseía.

—No te imaginaste nunca encontrarme aquí, ¿verdad?

Drummond movió la cabeza. Se sentía incapaz de emitir un solo sonido.

—Naturalmente, es el sitio más lógico donde podía estar el jefe de los
In-Form.

—¿In-Form? —repitió el joven, extrañado, sacando fuerzas de flaqueza para pronunciar aquellas dos sílabas.

—Sí. En vuestro idioma, ésa es nuestra denominación. Abreviada, por supuesto.

—In-Form… Eso quiere decir, carentes de forma. Sin forma.

—Exactamente, capitán. Sin forma física tangible, pero con una forma espiritual y mental claramente definida. Y terriblemente poderosa, como has podido comprobar.

Drummond se dio cuenta, además, de otra cosa. El
In-Form
que le poseía le permitía sentir miedo. Miedo por sí mismo, por Flavia, por sus amigos, por los Ferrant, por toda la Humanidad en general.

El Presidente (el
I-F
1) rió. Desde su sitio captó el sentimiento de aprensión brotado inmediatamente en el cerebro del joven.

—Es lógico que sientas temor, capitán. Pero ese temor, hasta cierto punto, es infundado. No se os causará el menor daño, excepto a unos pocos, naturalmente. La Humanidad subsistirá. Nos conviene.

—¿Qué… qué planes tenéis? —preguntó Drummond con un hilo de voz.

—Son muy sencillos de explicar, capitán. No eres tonto y has podido darte cuenta de que nuestra facultad de reproducción es fenomenal. En una semana tan sólo podemos doblar nuestro número. Si ahora somos alrededor de cuatro millones, dentro de una semana más seremos ocho; dieciséis en la siguiente y así…

Drummond tragó saliva. El cálculo era sencillo.
I-F
1 adivinó sus pensamientos, por mediación de su congénere.

—Justamente, capitán. Entre la vigésimo octava semana y la trigésima, nuestro número habrá alcanzado el de todos los habitantes de la Tierra, unos diez mil millones en la actualidad.

—¿Y después?

—Vosotros —dijo el ser con enorme orgullo—, sois muy inteligentes. Pero nosotros lo somos más. Sin embargo, tenemos un terrible defecto. Somos incorpóreos. Podemos vivir cientos, miles de años en estado incorpóreo. Sin embargo, en tal situación carecemos de la facultad de trasladamos salvo a cortísimas distancias.

»Durante cientos de miles de siglos, la raza de los
In-Form

ha estado esperando su oportunidad. Esperábamos en el mundo al que vosotros llamáis Plutón. Ese mundo, que fue el nuestro, antes siquiera que el primer pez terrestre empezase a sentir la necesidad de trasladarse a tierra, para convertirse, por evolución, en un animal de sangre caliente.

»Nosotros vivíamos allí, cuando el sol actual despedía muchísima más luz y calor que los que emite en la actualidad, cuando Plutón era un mundo habitable y habitado como lo es hoy la Tierra.

»Pero cuando el Sol se contrajo y perdió luminosidad y potencia térmica, empezó nuestro declive. Las ciudades que habíamos construido se vinieron abajo. Hoy están sepultadas bajo inmensas masas de hielo y nieve. Y nosotros tuvimos que aprender a defendemos para sobrevivir.

»¿Cómo?

»Nuestra civilización había alcanzado límites increíbles. Tuvimos que aprender a despojamos de nuestra envoltura carnal para poder vivir en el vacío, un vacío sin aire, sin luz y sin temperatura.

»Esto no fue obra de un siglo tan sólo; sino de cientos y aun miles de siglos. A pesar de todo, nuestro número se fue reduciendo de tal forma, que la hora de la extinción de la raza de los
In-Form
se acercaba a pasos agigantados.

»Y entonces vinisteis vosotros, los hombres de la Tierra.

»Para salvarnos a nosotros, los
In-Form.
I-F
1 hizo una pausa.

—Pero no veo qué utilidad tiene para vosotros apoderaros de un cuerpo humano. Si queréis sobrevivir, ¿no os daría igual habitar en el cuerpo de un animal cualquiera? —objetó Drummond.

—Los animales carecen de inteligencia. Y vosotros la poseéis en sumo grado —respondió
I-F
1—. Juntas las dos inteligencias, podremos llegar muy lejos. Muy lejos. A los confines de la Galaxia, en la que hay cien mil millones de planetas habitados por razas inteligentes. En todos ellos desembarcaremos y a todos los conquistaremos. Ya has visto con

qué facilidad nos desdoblamos, duplicando nuestro número en cortísimo tiempo. Conquistar un planeta puede llevarnos un año, como máximo.

—Pero cien mil millones de planetas significan cien mil millones de años.

I-F

1 le miró severamente.

—¿Cómo puedes decir semejante estupidez, capitán? ¿Para qué están las matemáticas? Teóricamente, así debiera ser, si fuéramos de planeta en planeta. Y, en realidad, esto ocurrirá en los primeros años, quizá veinte o quizás un siglo. Pero bastará dejar un

In-Form

en un planeta tan sólo para que al cabo de poco tiempo haya producido millones, miles de millones de congéneres.

»Ya conoces la teoría del tablero de ajedrez y el grano de trigo que se duplica en la casilla siguiente y así sucesivamente, ¿no? Parece que al final haya de ser un número relativamente pequeño de granos de trigo y, sin embargo, al llegar al último cuadro, su masa superaría a la de la Tierra.

»Pues así sucederá con nosotros. Y en un tiempo relativamente breve. Lo más difícil era hallar un planeta habitado por seres inteligentes. Antes de un año, estaremos en condiciones de, con vuestros recursos, de los cuales carecíamos totalmente en Plutón, y nuestra inteligencia, construir la primera nave interestelar. A éstas seguirán otras y otras y otras —la voz del

In-Form

se tornó súbitamente solemne— hasta cubrir por completo la total extensión de la Galaxia.

Drummond se quedó helado de pavor. Si aquellos seres no conseguían llevar a cabo sus propósitos, la Humanidad caería en un estado de total esclavitud, de la cual no podría librarse por los siglos de los siglos.

I-F

1 leyó sus pensamientos y «rió» mentalmente.

—Así es. Gozaréis de cierta libertad, pero siempre seréis nuestros siervos. Y nunca, nunca, podréis desobedecer nuestras órdenes. Mis órdenes, porque yo soy uno y todos a la vez.

—Pero tenemos un medio de combatiros —dijo Drummond,

acaso un tanto imprudentemente.

El rostro del presidente se contrajo.

—Lo sé. Es nuestro enemigo secular.

—Las flores de Plutón.

—No son flores. Son animales de una escala inferior a la nuestra, aunque disfrutando de un cierto grado de inteligencia, que evolucionará con el transcurso de los tiempos.

—Y esos animales en forma de flores —exclamó Drummond, tremendamente asombrado por la revelación— os pueden vencer fácilmente.

—Así es. Tienen la propiedad de emitir ciertas radiaciones que nos hacen huir de donde están ellos. Vosotros llamáis perfume a esas radiaciones. Y si no huyéramos acabaríamos por morir.

—Entonces no sé por qué no habéis destruido las flores cuando estabais en Plutón en las más favorables condiciones para lograrlo.

—¿Tú crees? Durante siglos y siglos las flores y nosotros hemos sostenido luchas encarnizadas por medios psíquicos principalmente. Las adversas condiciones de vida de Plutón por un lado y los combates, por otro, han sido las causas de que el número de individuos de ambos bandos se hayan reducido tan considerablemente. Por mucho que buscaras no encontrarías en Plutón otro banco de flores. Como tampoco hallarías más de cincuenta In-Form, que son los que dejé allí esperando la vuelta de una expedición para recogerlos, expedición que se enviará en el momento oportuno.

Drummond reflexionó unos instantes.

—Estoy seguro de que cuando regresé de Plutón a la Tierra me traje aquí a dos de los vuestros, los cuales seguramente tenían la misión de explorar el planeta.

—Justamente.

—Entonces, si yo me traje de allí unas cuantas flores, ¿por qué resistieron dentro de los cuerpos de mis dos compañeros?

—Lo hicieron, pero al precio de unos sufrimientos considerables. No todos los In-Form sabrían resistir padecimientos semejantes, pero ellos se sacrificaron, pensando en el bien de su pueblo.

Drummond sacudió la cabeza. Todo aquello le parecía tan fantástico y tan irreal… y sin embargo era cierto, rigurosamente verídico.

Se arriesgó a aventurar una hipótesis.

—Entonces —dijo— supongo que tu primera tarea será dar la orden de destruir a tus enemigos.

—Así es. Mañana tendré lista ya el arma que ha de consumar tal destrucción.

—¿Puedo saber cuál es?

I-F

1 tardó unos segundos en contestar.

—No tengo inconveniente en decírtelo. ¿Sabes lo que es una bomba sísmica?

Drummond sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda.

—¡Una bomba sísmica! —exclamó, aterrado.

—Exactamente. Un proyectil que se lanza desde el aire y que al chocar contra el suelo pone en funcionamiento un taladro, con el cual puede perforar la capa sólida hasta la profundidad deseada. Entonces, una espoleta provoca la explosión de la carga nuclear que lleva en su interior, cuya explosión provoca la sacudida sísmica. Con tres o cuatro habrá más que suficiente para destruir tu granja y sepultar a nuestros enemigos en lo más hondo de la tierra.

Chubb percibió en la voz del presidente —la de

I-F

1— un latido de odio infrahumano. Y, por el contrario, sintió una vivísima simpatía hacia aquellos animales en forma de flor que tan eficaces podían ser en la lucha contra los

In-Form

si…

—Es inútil que pienses en ello, capitán —dijo

I-F

1, por boca del presidente—. No podréis vencernos. Además, cualquier solución que idees está condenada de antemano al fracaso. Tienes contigo un vigilante, una parte de mí, que escruta hasta tus menores pensamientos y aunque te deja concebirlos, no te permitirá ponerlos en ejecución.

Drummond apretó los labios. Sabía que el ser decía la verdad.

—Y ahora, basta. Mañana por la mañana un avión, el cual se

está equipando convenientemente, destruirá el nido de nuestros enemigos. Y a todos cuantos están allí, para que las radiaciones (el perfume) de las flores desaparezcan por completo. He dicho.

(—Vamos).

El In-Form que se había apoderado de él le hizo retroceder hasta llegar a la puerta de la estancia. Luego salió.

(—¿Adónde vamos?).

El In-Form eludió la respuesta.

(—Sigue caminando. Ya lo verás).

Drummond no quiso formular más preguntas. Toda su atención estaba centrada en cómo evitar el desastre que se cernía sobre Flavia y sus amigos.

El In-Form le hizo entrar en un cuarto amueblado someramente con una cama, una silla y un armario. Había un cuarto de baño adyacente y eso era todo.

(—Tendrás que pedir algo de comer para mí).

(—Ya está previsto todo. Cuando sea hora, te traerán la comida).

Drummond estaba cansado y se tendió en el suelo. Pensó en el momento de evitar el desastre, pero cada vez que se le ocurría una idea el In-Form reía silenciosamente en su interior.

Llegó la noche. Un soldado de la guardia presidencial, poseído también, le trajo una bandeja con alimentos. Diciéndose que le convenía reponer sus fuerzas, comió con magnífico apetito, dejando los platos completamente limpios.

Luego, se tendió de nuevo en la cama. Volvió a pensar. Por más que se esforzaba, no daba con el medio de expulsar el In-Form de su cuerpo.

Y el tiempo continuaba avanzando. Por la mañana…

De repente hizo una pregunta:

(—¿Puedo dormir?).

(—Naturalmente. Todo lo que quieras. Estoy obligado a que satisfagas por completo y a tu mejor comodidad todas tus necesidades fisiológicas).

(—Gracias).

Apagó la luz y cerró los ojos. Relajó la mente y se entregó al sueño.

Una hora más tarde volvió a abrir los ojos. Extendió la mano y tomó las gafas polarizadas que había dejado sobre la mesilla contigua. Luego se puso en pie.

Miró hacia la cama. Una silueta fosforescente, con los contornos idénticos a su cuerpo, yacía sobre las ropas.

Evitó hacer funcionar demasiado su mente, pero no pudo por menos de decirse que también los
In-Form
estaban sujetos a determinadas limitaciones. El suyo dormía como un tronco.

Caminó de puntillas. Llegó a la puerta y la abrió.

Luego se lanzó a todo correr por el pasillo, moviendo frenéticamente las piernas. Una cosa había segura y era que los
In-Form
no podían desplazarse, sin su cuerpo humano, con tanta rapidez.

Descendió las escaleras, sintiendo que el corazón le palpitaba con tremenda violencia. ¡Si se encontrase con algún
In-Form
en trance de desdoblamiento!

Se tropezó, sí, con algunos policías de guardia. Pasó por su lado procurando comportarse normalmente, como si él llevase en su interior otro
In-Form.

Al fin salió al gran patio del edificio presidencial, donde sabía que siempre había algún helicóptero preparado. Lo había, en efecto, pero custodiado por un centinela que vigilaba la explanada.

Drummond se acercó al centinela.

—Hermosa noche, ¿eh? —dijo.

El hombre le miró con suspicacia. Entonces Chubb, moviendo el brazo derecho con toda su fuerza, le incrustó el puño en pleno rostro.

Unos segundos más tarde un helicóptero se elevaba raudamente del patio, poniendo rumbo hacia el noroeste a toda velocidad.

Capítulo X



a llegada del joven causó la natural sensación.

Flavia, a medio vestir, sin cuidarse mucho de la brevedad de su atuendo, se le echó encima.

—¡Chubb! ¿De dónde sales?

Varzi, Pascali, Ferrant y los demás acudieron también al enterarse de la inesperada aparición del joven.

—¿Dónde ha estado?

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué le dijo el ser?

—¡Calma! —dijo el joven, rodeando con el brazo los hombros de Flavia—. Para todo habrá tiempo de contestar. Ahora, lo que urge es evacuar cuanto antes la granja. Antes del mediodía va a ser bombardeada con proyectiles sísmicos.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Pascali.

—He estado hablando con el jefe de estos seres… ¡que por cierto

se ha alojado nada menos que en el cuerpo del presidente!…

Flavia emitió un gemido.

—¡Cielos!

—Pero —siguió Drummond— las explicaciones vendrán más tarde. Ahora lo que importa es salvarnos nosotros y salvar también unas cuantas flores. ¿Saben que no son plantas, sino animales?

—¡Dios mío! ¡Qué asombroso! —exclamó Varzi.

—Así es, según me lo contaron, por supuesto. Pero ya hablaremos de eso más tarde. ¡Ferrant!

—Dime, Chubb.

—Tienes que marcharte de aquí con tu esposa y los chiquillos. Llévate gafas polarizadas y un par de proyectores de líquido perfumado para defenderte de los In-Form, que es como se llaman a sí mismos.

—In-Form —dijo Pascali—. Sin forma, ¿no?

—Justamente. Bien, ¿enterado, Ferrant?

—Ahora mismo, Chubb.

El encargado de la granja se retiró sin más.

—Vosotros dos, Lev y Álvarez, os encargaréis de salvar las semillas de flores. Llevaos también gafas polarizadas y pulverizadores. Los In-Form están extendidísimos y los veréis a bandadas por todas partes. Sin embargo, no uséis por ahora los pulverizadores, a menos que os sea absolutamente necesario.

—De acuerdo.

Levailleur y Álvarez corrieron a cumplimentar la orden.

—¿Y nosotros? —preguntaron Varzi y Pascali a dúo.

—Vendrán conmigo y con Flavia. Les necesito.

—¿Qué es lo que piensas hacer? —quiso saber la muchacha.

—Voy a utilizar tu cargo para penetrar en el aeródromo donde están alistando las bombas sísmicas. Hemos de impedir que bombardeen la granja. Después…

La mirada del joven se dirigió hacia Capitalópolis. Era una mirada firme, resuelta, de hombre decidido a todo con tal de derrotar al enemigo.

* * *

Las cuatro personas que se apearon del helicóptero en la entrada del aeropuerto iban provistas de gafas y llevaban una especie de pistola en la mano.

El centinela intentó oponerse a su avance. Estaba poseído. Drummond le lanzó una pequeña descarga al rostro.

El In-Form cayó al suelo retorciéndose. Varzi le soltó otra descarga. El In-Form se convirtió al instante en una nube de humo gris, de repulsivo olor, que se disipó en pocos momentos.

—¡Vamos! —dijo el joven.

Continuaron su avance. Alguno de los In-Form quisieron obligar a los hombres a quienes habían poseído a que se les resistieran. Pero sus esfuerzos eran inútiles. No podían luchar contra aquellas armas tan mortíferas.

El avión estaba ya listo para despegar. Los pilotos estaban realizando el último «check-list» o repaso de instrumentos. También estaban poseídos.

Los In-Form fueron muertos antes de que tuvieran tiempo de escapar. Los pilotos quedaron libres de aquella funesta influencia.

Drummond y sus amigos habían llevado algunos pulverizadores de sobra. Se los entregaron a los aviadores.

—Con esto podrán derrotar a los In-Form —dijo—. Primero rocíense ligeramente la cara y las manos; es suficiente para espantarlos. Y, en realidad, no pretendemos más.

No quiso decirles que tenía otros planes, en los cuales entraba precisamente Gallander, el astrónomo de la «Normandie», con quien ya se había puesto en contacto el joven.

* * *

Gallander se les unió en el patio del palacio presidencial. Traía en la mano unos papeles, cuyo contenido leyó al joven atentamente.

Luego se los guardó en el bolsillo.

—¡Vamos!

Echó a andar, pulverizador en mano. Cada vez que divisaba a un In-Form lo hacía huir inmediatamente mediante una ligerísima presión en el control del pulverizador, pero tampoco faltaban los que escapaban sin más, al verlos y al percibir de lejos las emanaciones que tanto daño les causaban.

En pocos momentos estuvieron en las habitaciones del presidente. Éste les miró aterrado, pero no era él, sino el I-F 1 que lo poseía.

Drummond se plantó frente al presidente. Flavia y los demás quedaron en semicírculo detrás de él, a un par de pasos de distancia.

—Excelencia —dijo—, quiero que hable con el ser que está dentro de su cuerpo. Tengo que hacerle una proposición.

El tío de Flavia asintió en silencio.

—De acuerdo —dijo tras una, ligera pausa de un par de segundos.

—Vosotros, los In-Form, queréis vivir —dijo Drummond—. Nosotros, los terrestres, también. Pero libres por completo, sin influencias que mediaticen nuestra voluntad.

»Sois muy inteligentes, pero no tanto, quizá, como pensáis. Calculaste que el In-Form que me poseía no relajaría su vigilancia ni por un solo instante. Sin embargo —Drummond se dirigía al I-F 1 más que al propio presidente—, olvidaste un detalle esencial.

»Aunque incorpóreos, sois seres vivos y afectos, por tanto, a ciertas limitaciones. Una de ellas es la del descanso, porque sujetar la mente de un individuo humano debe fatigar bastante. Y el In-Form

que sujetaba la mía se durmió cuando yo también descansaba.

»Calculo que a estas horas ya habrá sido castigado por su deplorable actuación, pero no vamos a lamentarlo ninguno de nosotros. Y, además, eso no es lo que nos interesa ahora.

»Lo importante para nosotros (y, claro está, mucho más para vosotros) es que os podamos destruir.

El In-Form se movió. Podía verse claramente; su nerviosismo provocaba en él rápidos espasmos ondulatorios que se agitaban sobre la epidermis del presidente.

—Pero no queremos hacerlo —dijo Chubb—. Comprendo que los In-Form queráis vivir y expandiros por el Universo. Lo que ya no nos gusta tanto es que esa expansión se realice a costa de nosotros, los terrestres.

»Voy a proponeros dos alternativas. Una de ellas significa la vida para vosotros. Otra, la guerra.

»En toda guerra, es indudable, hay pérdidas por ambos bandos. Pero no dudes de que, al final, la victoria sólo puede decantarse de un lado: del nuestro. ¿Qué contestas?

La respuesta del I-F 1 se demoró un minuto largo.

—Supongamos que acepte tu proposición. ¿Qué harías con nosotros?

—Dentro de unos quince días pasará un planeta a menos de veintiséis millones de kilómetros de distancia de la Tierra. Está habitado y es habitable. Os trasladaremos allí y luego os arreglaréis como podáis con sus habitantes. Pero a nosotros dejadnos en paz o pereceréis todos.

El In-Form hizo una pregunta.

—¿Es cierto eso?

—Absolutamente.

Hubo una pausa.

—Acepto en nombre de mi pueblo —contestó al

In-Form
al cabo.

—Entonces, ordénales reunirse a todos en la explanada que hay frente al edificio. ¿Cuánto tardarás en hacerlo?

—Dos días, como máximo.

—Conforme. Ten en cuenta que te estaremos vigilando de continuo. Si intentas traicionarnos te destruiremos.

—No lo haré —respondió el
In-Form.

Se produjo un instante de silencio. Luego se oyó un rugido semejante al de un huracán en el paroxismo de su violencia.

Las ventanas de la estancia saltaron en pedazos. Varias figuras fosforescentes cruzaron el espacio con velocidad vertiginosa.

Drummond, Flavia y los demás corrieron hacia la ventana, completamente olvidados del presidente, que parecía recién despierto después de una angustiosa pesadilla. Una vez en la ventana, contemplaron un espectáculo asombroso.

Los primeros
In-Form
se reunieron, formando una minúscula bola de la que partían numerosas chispitas doradas. De todas partes acudían volando raudamente más y más espectros, visibles solamente por medio de los vidrios polarizados, en medio de los bramidos de un ciclón que no movía, sin embargo, una sola hoja de árbol.

Flavia se acercó a Drummond temerosamente.

—Chubb —murmuró.

El joven la atrajo hacia sí.

—No acabo de entenderlo —siguió ella—. Si antes se desplazaban tan lentamente, ¿por qué ahora acuden con la rapidez del relámpago?

Drummond meditó unos segundos.

—Hay una explicación —contestó al cabo, recordando el diálogo con el
I-F
1—. No son millones de seres, sino un solo ser, de una potencia y una inteligencia fantástica, subdividido a voluntad en millones de ellos. Cada uno de los
In-Form

posee una autonomía propia, pero limitada en algunos aspectos. Es un individuo, mientras su jefe lo desea. Cuando éste lo ordena, todos se reúnen en un solo ser… que no es sino el conjunto global de todos los seres sin forma.

La bola seguía creciendo, aunque con infinita lentitud, a pesar de que los In-Form que acudían eran cada vez más numerosos. Literalmente, parecía una lluvia de espectros, un vórtice de formas fantasmales que giraban y giraban, empequeñeciéndose hasta que se fundían con la bola del centro del patio.

Dos días más tarde, un individuo, un humano, el último poseído por un In-Form, se acercó a prudente distancia de Drummond.

—Ya estamos todos reunidos —dijo con voz sonora—. ¿Cuáles son tus proposiciones?

—Debéis esperar hasta recibir mis órdenes —decretó el joven.

La bola alcanzaba una altura de varios metros. Se adivinaba densísima, terriblemente pesada, a fuerza de albergar en su seno millones y millones de In-Form.

—Y no olvides —añadió Drummond, extendiendo el brazo en semicírculo— que la menor intentona de quebrantar nuestro acuerdo provocará vuestra destrucción.

Rodeando a la esfera se veía un cordón circular de guardias, todos ellos armados con pulverizadores.

—Cumpliremos lo pactado —contestó el I-F 1.

* * *

Diez días más tarde Drummond y sus amigos se hallaban a bordo de una astronave que transportaba al pueblo de los In-Form hacia el planeta que les había asignado.

Cuando tuvieron el planeta a la vista, Drummond dio la orden

de abandonar la nave y pasaron a un bote salvavidas, con combustible suficiente para llegar hasta la Luna.

El bote se alejó de la astronave, la cual se encaminó directamente hacia el planeta. Drummond, que pilotaba el bote, no pudo por menos de exhalar un suspiro de alivio.

—Bueno, dentro de pocos minutos habrá terminado esta pesadilla. La nave se estrellará contra ese asteroide, estallarán los depósitos de agua perfumada… y el pueblo de los
In-Form
habrá dejado de existir.

Flavia le miró con gesto de reproche.

—En cierto modo, Chubb —dijo—, estarás de acuerdo conmigo en que has faltado a tu palabra. Eros es un asteroide, un vulgar pedrusco del espacio y no un planeta habitado. Te has aprovechado de que este año le corresponde orbitar tan cerca del planeta[1] para estrellar la nave contra su superficie.

—En efecto, me siento un poco como un traidor. Y hubiera mantenido mi palabra de no haber pensado en una cosa.

Hizo una pausa.

—Seres así no pueden existir —dijo con sombrío acento—. Planeaban nada menos que la conquista de la Galaxia. Nosotros íbamos a ser su base de operaciones. Él lo dijo bien claro: cien mil millones de planetas habitados que caerían bajo su dominio, bajo el dominio de una sola inteligencia, de un solo ser. Hubiera sido horrible que tal coyuntura se hubiese producido. Por eso les he engañado. Ellos no podían saber que Eros es un vulgar asteroide, una roca sin atmósfera siquiera… ni yo se lo iba a decir tampoco, por supuesto.

Súbitamente se produjo una cegadora llamarada en el espacio.

Durante unos segundos hubo una explosión de rayos de todos los colores en aquel rincón del cielo. Después volvió la oscuridad.

—Bueno, todo terminó —dijo Chubb.

—¿Y por qué no lo hiciste en la Tierra? —preguntó ella, muy curiosa.

—Temí que ocurriera alguna catástrofe. Ten en cuenta que en aquella bola había varios millones de
In-Form.
Eran seres incorpóreos, pero también, en cierto modo, poseían una

substancia, un algo relativamente sólido. ¿Qué hubiera ocurrido si al destruirlos a todos a la vez se hubiese producido una repentina disgregación de sus átomos? Mejor aquí, en el espacio, donde no tenemos que temer nada de ellos.

* * *

Un año más tarde, Drummond y Flavia tenían algo más que cuidar: un vástago de pocas semanas, cuyo rostro era el vivo retrato de su padre.

Cuando más entretenidos estaban contemplando las gracias del crío, entró Ferrant con aspecto de tener algo importante.

—Tengo que deciros una cosa: me parece que aquel tipo tenía razón. Me refiero al
In-Form.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Chubb.

Ferrant se acarició la mandíbula pensativamente.

—No sé… pero hoy, cuando he entrado en una de las cúpulas, me ha parecido sentir voces extrañas. Como si las flores quisieran hablarme… Eran unas voces muy dulces, tranquilizantes… —Ferrant movió la cabeza—. Creo que cuando nos entendamos con ellas vamos a ser muy amigos.

—Ojalá —dijo Flavia, esperanzadamente mientras abrazaba a su hijito.

Callaron un momento. La radio sonaba suavemente en un rincón.

De pronto la música se interrumpió para transmitir un boletín de noticias.

«Informan del Ministerio de Astronáutica que los miembros de la expedición desplazada a Plutón han conseguido exterminar a todos los
In-Form
que aún quedaban en aquel planeta…».

Y unos segundos después una nueva locutora de voz agradable añadió:

«Claro que esta hazaña ha sido posible gracias a las tabletas de oxígeno que fabrica la acreditada marca “Spatial Customs, Co.”, que antes fabricaba las mejores escafandras de vacío».

Todos se echaron a reír. De pronto el niño empezó a llorar.

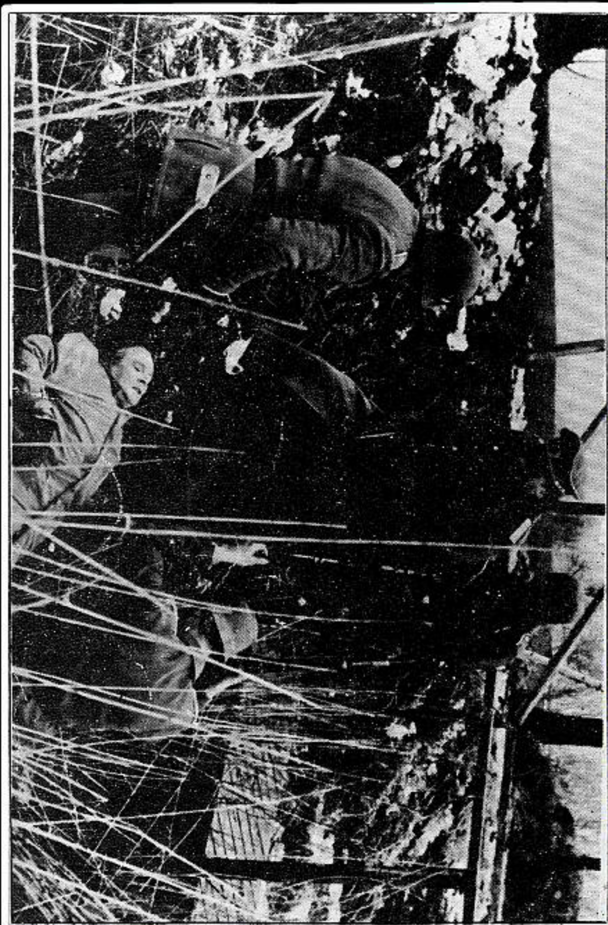
Flavia lo estrechó apasionadamente contra su pecho. El chiquillo se calmó a los pocos momentos bajo el influjo de las caricias.

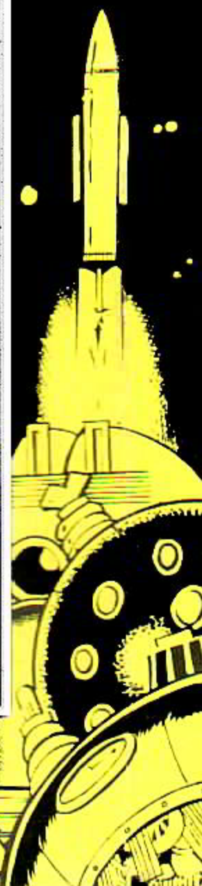
La joven miró a su esposo. Drummond sonrió tranquilizador.

—Vinieron del más allá… pero ya no volverán —dijo.

Ella sonrió apaciblemente. Su mirada expresaba la fe que tenía en un futuro limpio de una amenaza extraña, un futuro limpio y placentero para toda la Humanidad.







Escena de la película TUVE QUE MATAR
(Hispano Fox Film.)

Precio en España: 7.- ptas.



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Efectivamente, ese año, es decir, en 1975, Eros pasará a menos de veintiséis millones de kilómetros de la Tierra. Eros tiene, según los últimos cálculos, una forma elipsoidal de 35 kilómetros de largo, 16 de ancho y 8 de grueso, medidas aproximadas halladas por Roach y Stoddard en 1938. En cambio, la distancia máxima alcanza el valor de 115 millones de kilómetros. Gira en sentido contrario a las agujas del reloj y da una vuelta sobre sí mismo en 5 horas y 17 minutos. <<